

# CÉNITO

— sociología —  
ciencia — literatura

Sumario

Geoffrey Ostergaard: Sobre Anarquismo. — Eugen Relgis: Melodías del silencio: Por las bibliotecas. — El alma y su sofisticada inmortalidad. — Comentarios sobre el pensamiento y la obra de Camus. — Libro y publicaciones recibidas. — Fontaura: Encuesta internacional de «Cénito»: Jules Vignes, un veterano del Anarquismo. — Conrado Lizeano: Ideas, líneas y colores: Mejor que un chorro de oro negro. — Francisco Olaya: El informe Krutchev: La política de Stalin. — Ángel Samblancat: Calendas justinianas. — Gérard de Lacaze-Duthiers: Manuales e intelectuales: La unión de los trabajadores hará la paz del mundo. — Sebastián Faure: Frente al público (folletón encuadernable)

Septiembre  
1957

84

Revista Mensual

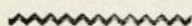
PRECIO: 90 FR.



Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA



# La tragedia levantina

Reproducimos una fotografía tomada de las calles de Burriana, durante los días terribles de las inundaciones. El agua cubrió barrios y pueblos enteros, llevándose en su furor mansiones, árboles, cosechas, personas.

Pero lo que no muchos saben es que esa catástrofe se produjo, no solamente por las aguas desbordadas del río Turia, sino porque reventaron las márgenes de un pantano en construcción. Y reventaron porque era de tan mala calidad el material empleado, que cedió como arena bajo el empuje de las aguas.

Otro de los grandes crímenes y de las innumerables inmundidades del régimen franquista. Hoy Valencia llora la muerte de miles de sus hijos. La Prensa, amordazada, no ha podido decir más que la verdad oficial. Pero el pueblo sabe la verdad verdadera. Y cierra los puños, pensando en sus muertos y maldiciendo a los que han hecho de España un presidio suelto, donde los hombres honrados están entre rejas y los granujas y desalmados ocupan todos los puestos directivos, tienen en sus manos todas las claves de poder y de dinero, para enriquecerse a mansalva.

## CÉNIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 234 francos trimestre; Exterior, 270 francos.

Número suelto, 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# SOBRE ANARQUISMO



A palabra «ANARQUIA», como puede comprobar cualquiera que posea un diccionario etimológico, se deriva de las palabras griegas que significan «sin mando o gobierno», y un anarquista es uno que aboga por tal clase de sociedad. La palabra, hoy, no obstante, está envuelta en tal confusión que, para poder comprender el anarquismo como una filosofía social, es necesario declarar antes que nada

lo que no es.

La anarquía propugnada por los anarquistas no es una situación de caos social. La palabra «anarquía» en uno de sus usos es sinónimo de esto; como cuando uno habla de «la anarquía de la producción capitalista», de «la anarquía internacional, o menos apropiadamente, de un Estado con un gobierno débil, vacilante o tímido. Lejos de abogar por el caos social, los anarquistas abogan por el orden social: ellos creen tan firmemente en el orden como el más acérrimo tory, o, sobre esa cuestión, cualquier persona en su juicio. Ellos difieren de los tories, sin embargo, en que no conectan la «ley» con el «orden». Al contrario, ellos creen que la ley (reglas impuestas por las sanciones del Estado) y el orden (la clase de orden en que ellos están interesados), son incompatibles el uno con la otra. Los anarquistas creen en el orden social, pero en un orden social sin gobierno, un orden no gubernamental. Puede ser, desde luego, que la ausencia de gobierno bajo ciertas condiciones pueda conducir a la anarquía en el sentido de caos social. Personalmente, no dudo que si, por cualquier milagro, el gobierno fuera abolido mañana, resultaría el caos. Los anarquistas no quieren ver simplemente la ausencia del gobierno en este sentido. Ellos quieren crear el ambiente en el cual desaparezca el gobierno por innecesario. El gobierno continuará siendo necesario mientras tanto la gente crea que lo es y por tanto se deje gobernar. La anarquía, en el sentido anarquista, resultaría a renglón seguido la abolición del gobierno únicamente si mañana, al mismo tiempo que el gobierno fuera abolido, el pueblo se transformara en anarquista.

La segunda cosa que el anarquismo no es, es utopismo en el sentido de la creencia en una sociedad perfecta. No hay

nada de indigno en ser utopista. Todos tenemos nuestras utopías, incluso esos llamados «socialistas científicos», los marxistas. La utopía de un hombre de negocios es una sociedad en la que la libra pague seis peniques de impuesto solamente, donde se autoricen grandes cantidades en gastos personales, donde los trabajadores se descubran ante el patrón. La utopía del trabajador (versión 1957) es una sociedad en la cual una semana que otra gane algo en la lotería del fútbol y una vez en la vida alcance el gordo con 75.000 libras esterlinas. La utopía anarquista es algo más imaginativa y más atractiva, como los lectores de William Morris, en «Noticias de Ninguna parte», pueden juzgar por sí mismos. Pero los anarquistas no igualan su utopía a la anarquía. El anarquismo como una filosofía social no se apoya en la aserción de que los hombres son perfectos o que llegarán a serlo alguna vez. Incluso William Godwin, el apóstol de la perfectibilidad del hombre (una doctrina hoy ridiculizada por aquellos que nunca comprendieron lo que significaba), no creía que los hombres llegarán nunca a alcanzar la perfección. El anarquismo, para abreviar, no es una sociedad perfecta, aunque es, me parece, una posición que conduciría a una sociedad más perfecta.

Tercero, el anarquismo no es un programa político y los anarquistas no constituyen un partido político. El solo candidato que los anarquistas han presentado para el Parlamento es el que presentaron en las elecciones de 1955: un carácter mítico llamado Joe Soap que fué apoyado por un 25 % del electorado; aquellos que se abstuvieron de votar. Los anarquistas no tienen un programa al que uno pueda acogerse; si es «convertido» al anarquismo, no encuentra organización donde ingresar ni donde pagar cuota. Los anarquistas no venden panacea alguna para que el electorado compre ni ofrecen nada a nadie para que vote por ellos. Y esto no es porque los anarquistas no tengan principios de organización. Existen organizaciones de los anarquistas y en éstas algunas veces hacen declaraciones de sus principios y objetivos; pero las organizaciones anarquistas, al menos en Inglaterra, son unos grupos funcionales, grupos de gentes que hacen un trabajo determinado, como llevar adelante una librería o la publicación de un periódico.



Los anarquistas no son políticos o aspirantes a políticos: son apolíticos. Con palabras de Herbert Read, su política es «la política de la no política». Tan pronto como uno se da cuenta de lo que la política significa, es fácil comprender por qué los anarquistas son apolíticos. La política se interesa en las relaciones entre gobernantes y gobernados. Como un estudio académico, ella se preocupa de la forma en que los hombres son gobernados; en las relaciones gobernante-gobernado en todas sus manifestaciones. Como actividad, es el arte de gobernar a los demás; el arte de manipular a los hombres. En las dictaduras esta manipulación frecuentemente se lleva a cabo por el uso de la amenaza o fuerza bruta; en las democracias característicamente es llevada a cabo por la colección de una mayoría de votos; un proceso llamado cortesmente «ganarse el consentimiento del pueblo». Pero la diferencia entre dictadura y democracia en este respecto es solamente una diferencia de grado. No hay dictadura que se apoye sólo y exclusivamente en la fuerza, como no hay democracia tampoco que desista de ésta por completo; todos los gobiernos usan la fuerza o la amenaza de la fuerza y el Estado, en sus términos más simples, es la institución que pretende ejercer el poder legítimo de coerción en una sociedad determinada.

Los anarquistas son descritos acertadamente como no políticos porque rechazan la relación gobernante-gobernado y la coerción implícita en ella. Ellos no quieren gobernar o coaccionar a nadie ni quieren ser gobernados o coaccionados por nadie tampoco. La única clase de gobierno que aprueban es la pura autonomía, en el sentido literal de la palabra. Lo que corrientemente se llama autonomía, no es nada que se le parezca; es el gobierno de la mayoría por el de unos cuantos, pues en todas las sociedades los gobernantes *de facto* son una minoría. Los anarquistas rehusan la soberanía del Estado, ya sea un Estado dictatorial o democrático. La única soberanía que aceptan es la soberanía del individuo. En el sentido de filosofía poética, una sociedad anarquista es aquella en que cada individualidad es soberana. Cada individuo es dueño de sí mismo, es decir, nadie es dueño de nadie. El ideal anarquista fué expresado en palabras de William Morris: «Sin dueño, ni pequeño ni grande», y más irónicamente aun por ese demagogo americano Huey Long: «Cada hombre un rey». En otras palabras, el anarquista no reconoce otra autoridad legítima que la suya. En cierto sentido es un protestantismo social, un protestantismo tomado en su conclusión lógica.

La filosofía anarquista, ni más ni menos que otra filosofía cualquiera, no es una doctrina racional en el sentido de que puede ser demostrada Q.E.D. (*quod erat demonstrandum*). El principio de la soberanía del individuo es un principio normativo, una declaración de fines. Las declaraciones de fines no pueden ser llevadas a la conclusión de verdaderas o falsas: éstas podrán ser argumentadas solamente, y, en último recurso, aceptadas o rechazadas. Los argumentos en apoyo de la doctrina son varios y en un corto espacio sólo uno o dos de ellos pueden ser presentados. En parte ésta se apoya en la observación profunda de William Morris: «No existe un hombre suficientemente bueno para que sea señor de otro hombre». El Poder, se nos ha dicho, corrompe y el Poder absoluto corrompe absolutamente. Pero aunque éste no fuera el caso y fuera posible producir, como Platón esperaba hacer, una clase de sabios, benévolos e incorruptibles gobernantes, el anarquista mantendría su posición aún. Porque el Poder corrompe no sólo a aquellos que lo ejercen: corrompe

mucho más a aquellos que están sujetos a él. Los hombres más corrompidos no hay que buscarlos en los puestos más altos: éstos han de ser buscados entre los impotentes, entre aquellos que se hallan reducidos a la servidumbre debido a la falta de Poder. Es precisamente en lo más bajo de la jerarquía social y no en lo más alto, donde uno encuentra el más repugnante amor al Poder; entre aquellos que quieren y les gusta que se les diga lo que hay que hacer. La corrupción de los sincopáticos siervos continuará aunque los gobernantes lleguen a ser sabios; y los súbditos continuarán siendo serviles incluso cuando los filósofos lleguen a ser reyes.

La doctrina de la soberanía del individuo no se apoya, empero, tanto en los efectos sociales del poder como en un sentido profundo de la individualidad del hombre. El anarquista siente profundamente esta individualidad y es precisamente este sentimiento el que invade todo su pensamiento. Todos nos hallamos dispuestos a hablar de los demás y colocarlos dentro de ciertas categorías, así como de pensar y obrar como si estas categorías agotaran su esencia. Decimos: él es inglés o francés, judío o alemán; es carnicero, panadero o uno que hace candeleros; es protestante, católico o herético; es burgués, proletario o un «déclassé» intelectual. Pero por muchas etiquetas que le colguemos a un hombre, éstas no harán una descripción completa de él. Arrancadle todas sus etiquetas y aun seguirá siendo un hombre; una criatura única de quien nunca se ha encontrado igual en la tierra y cuyo igual no volverá a verse otra vez. No sólo es físicamente diferente de todos los demás (un hecho del cual la policía hace buen uso en el departamento de las huellas dactilares), sino que lo es también física y espiritualmente. El puede erigirse y gritar: «Yo soy yo», y al hacer eso afirma algo que nadie puede afirmar, ya que cada *ego* es cualitativamente diferente a todos los demás *egos*.

La primera vez que cuando niño leí el cuento de Moisés y el arbusto en fuego, me quedé confundido por la inexcusable respuesta que recibió Moisés cuando preguntó a la voz del arbusto: «¿Cómo te llamas?» y recibió la respuesta: «Yo soy quien soy». ¡Qué mal sonaba, qué parecido a un dios! Pero más adelante descubrí que existía otro carácter, también mítico, que decía casi lo mismo: Popeye el Marino: «Yo soy lo que soy». Entonces me di cuenta que «yo soy lo que soy; y «tú eres lo que eres»; y «él es quien es». Si Dios fuera el sér perfecto que pudiera decir: «Yo soy lo que soy», entonces, yo también, como Dios, fuera perfecto. Desde el momento que en mí *yo*, soy único, en último análisis soy incomparable a ningún otro. Yo soy el perfecto Geoffrey Ostergaard, porque no existe otro Geoffrey Ostergaard como yo, aunque se diera el caso de que hubiera otro con el mismo nombre. No importa la «mala» cualidad que yo posea en comparación con la de otras gentes, su combinación en mí es única y de aquí perfecta en sí misma. De ahí se deduce, por tanto, que yo soy el sér más importante en el universo (para mí); e, igualmente, que tú eres el sér más importante en el universo (para tí). El poema de la novela de Jack London evoca este sentimiento deiforme:

*El hombre que arrojaste del bosque del Eden  
Soy yo, Señor mío, soy yo,  
Y estaré allí cuando la tierra y el aire  
Se hiendan del mar al cielo;  
A pesar de todo, éste es mi mundo, mi grandioso mundo,  
El mundo de mi deleite querido,*



*Desde el brillante destello de la corriente ártica.  
Hasta el oscurecer de mi amada noche.*

*(The man you drove from Eden's grove,  
Was I, my Lord, was I,  
And I shall be there when the earth and the air  
Are rent from sea to sky;  
For this is my world, my gorgeous world,  
The world of my dear delight,  
From the brightest gleam of the Arctic stream,  
To the dusk of my own love-night.)*

Esto, se puede decir, es puro egoísmo; y en un sentido, eso es. Pero es un egoísmo que reconoce el legítimo egoísmo de todos los demás egos. Yo no digo que soy más importante que todo el mundo: digo simplemente que soy la persona más importante del mundo «para mí». El mundo que palpo con mis cinco sentidos es «mi» mundo y cuando yo muera (cuando mi ego se extinga), entonces mi mundo morirá conmigo. En estos tiempos el mundo está plagado, no de egoístas en mi sentido, sino de altruistas: gente que dicen querer vivir e incluso morir por los demás. Sus cabezas, como observó Max Stirner, están llenas de ideas fijas, de abstracciones. Esta gente se halla dispuesta a luchar por Inglaterra, por Rusia, por Egipto y si es necesario, morir por estos vocablos; o bien se dedica a alguna causa: democracia, independencia nacional, libertad, la revolución socialista o vaya usted a saber. Haría menos daño a los demás y se beneficiaría a sí misma mucho más, si cesara de ser altruista, si empezara a vivir por sí misma. Pero tal gente no quiere hallarse en posesión de su propio yo: prefiere perderse en un movimiento de masa, identificarse con él. El anarquista no es tal altruista: si él lucha por la libertad, él lucha por «su» libertad; y si muere por la libertad, muere por «su» libertad. Si lucha por la libertad de los demás, lo hace porque sabe que «su» libertad va envuelta en la libertad de los demás. El anarquista no quiere poseer nada ni nadie; quiere poseer a sí mismo; ser dueño de sí. El anarquista dice simplemente: «Yo soy un hombre; todos somos hombres. Entre los animales, el hombre es el único que puede decir «YO», el único con capacidad de reconocer una identidad separada. Tratémonos los unos a los otros como tales, «como hombres».

Un sentimiento de individualidad es una cosa que tal vez, uno experimenta más bien que percibe en términos intelectuales. Lo que he escrito en los últimos tres párrafos probablemente no tenga sentido, digamos, para un miembro de un clan primitivo. Tal hombre, como ha señalado Erich Fromm (*The Sane Society*, pp. 61-3), podría expresar su sentido de identidad con la fórmula: «Yo soy nosotros», él no puede concebir en sí mismo un individuo viviendo aparte de su grupo social. Esto tampoco le diría gran cosa a un hombre medioeval. En el mundo medioeval, el individuo se hallaba identificado con el papel social en la jerarquía feudal. El siervo no era un hombre que por el destino había llegado a ser siervo y el señor feudal un hombre que por la misma causa había llegado a ser señor feudal. El era siervo y señor y este sentido de su estado inalterable era una parte esencial de su sentimiento de identidad. Sólo con la destrucción del orden feudal, pudo conseguirse la expansión del sentimiento de individualidad. Primeramente se manifestó en el campo de las artes y literatura, después en filosofía. El «pienso, luego existo», de Descartes marca el principio de la filosofía moderna

y en un aspecto es un intento para responder a la búsqueda de la identidad, y finalmente en el campo de la economía, en los siglos XVIII y XIX.

La más característica de las doctrinas del siglo XVIII, la doctrina de los Derechos del Hombre, no puede ser comprendida al menos que uno reconozca de que ésta se hallaba cimentada en este recién hallado sentido de individualidad. Libertad e igualdad fueron demandadas para los hombres «como hombres»; no importa cuál pudiera ser su estado o función social. La Fraternidad, se creía, llegará a ser una realidad si la libertad y la igualdad para los hombres como hombres llegaban a realizarse; es decir, una relación fraternal creada entre los hombres.

Este ideal fraternal, de fraternidad, es de gran importancia para la comprensión del anarquismo. Esto no implica, como a veces se cree implicar, meramente el ser cortés el uno con el otro o tener simpatías los unos por los otros. Los hermanos frecuentemente son corteses los unos con los otros y a menudo también no sienten simpatías los unos por los otros. El punto remarcable en las relaciones de hermandad es la igualdad de autoridad. Un padre puede mandar, pero no un hermano, al menos que busque usurpar la posición del padre. Esta es precisamente la relación, donde nadie manda al otro, que quieren alcanzar los anarquistas y si alguna vez llegara a ser universal, de ella resultaría la anarquía: la sociedad consistiría en individualidades soberanas. En tal sociedad, donde nadie tiene derecho a mandar a otro, cada uno cumpliría sus funciones sobre las bases de cooperación y mutualidad. No hay nada intrínsecamente absurdo en eso. En los momentos presentes hay situaciones en las cuales existen estas relaciones. Las relaciones normales que existen entre marido y mujer en la vida familiar están determinadas, en gran parte, de acuerdo con los principios de cooperación mejor que por la autoridad del marido, como existía en las viejas formas de sociedad patriarcal. De igual manera, los amigos que se prestan servicios mutuos no sueñan en mandarse los unos a los otros; se ayudan llevados por el amor y el respeto. El amigo que manda pronto termina de ser amigo.

A estas alturas podría preguntarse: «¿Entonces el anarquismo no es más que un individualismo del siglo XIX?» ¿No es el anarquismo la forma más «extrema» del socialismo? ¿Y qué hay de aquellos anarquistas, como Kropotkin, que se llamaron comunistas (con «c» minúscula)? Es verdad que hoy la mayoría de los anarquistas son comunistas en el sentido de que ellos creen que la distribución debe hacerse a base de las necesidades individuales; y también es verdad que los anarquistas han jugado, en ciertas ocasiones, un papel no despreciable en el movimiento socialista. Pero los anarquistas no pueden ser distinguidos por sus opiniones sobre la propiedad. Algunos anarquistas han abogado por un sistema bajo el cual cada individuo será dueño de la propiedad que use (y no más); otros (los anarquistas-comunistas), han abogado por un sistema bajo el cual la propiedad será patrimonio común; donde nadie será dueño de nada, porque todo el mundo será dueño de todo. Sobre lo que todos los anarquistas están de acuerdo es que en la esfera económica, como en las demás esferas, las relaciones entre individuos deben ser de cooperación mutua y no de autoridad entre dueño y siervo.

El anarquismo no es el individualismo del siglo XIX del tipo presentado por el difunto Sir Ernest Beun y la



Sociedad de Individualistas, porque éste insiste en aplicar la soberanía del individuo a todas las esferas. Claramente, las relaciones entre patronos y empleados no son de cooperación mutua. El patrono compra los servicios del trabajador y, por muy benevolente que sea su actitud, siempre es el que manda, no en bases de mutualismo, sino en bases de haber comprado sus horas de trabajo por equis horas al día. Bajo el capitalismo, los hombres no son tratados como un medio en sí; el hombre es usado por el hombre; algunos hombres (empleados) son tratados como instrumentos en las manos de otros hombres (los patronos). Como Fromm dice, para el capitalismo existe un sistema de apreciación que considera a las cosas como más importantes que el hombre. El capital emplea a la mano de obra y no ésta al capital: «El capital, el pasado muerto, emplea a la mano de obra, la vitalidad activa y fuerza del presente». La persona que posee capital manda a la que no posee más que su vida, su ingenio y su creadora productividad. El conflicto entre mano de obra y capital que ha constituido la característica más notoria del industrialismo moderno, no es así meramente un conflicto entre clases sociales. Usando palabras de Fromm: «Es el conflicto entre dos principios de apreciación: el principio del mundo de las cosas y su acumulación y el del mundo de la vida y su productividad».

Cuando uno se da cuenta de este hecho, resulta evidente la crítica anarquista sobre el socialismo moderno. Desde los días de Marx y en gran parte debido a la influencia de éste, el socialismo ha sido concebido en términos de propiedad o dominio. Hasta no hace mucho tiempo, un socialista ha sido descrito como uno que cree en la propiedad común, usualmente del Estado, en oposición a la propiedad individual. Sin embargo, con la experiencia de Rusia e incluso de este país para guiarnos, se está haciendo cada día más patente, como lo ha sido siempre para los anarquistas, que un mero cambio de propiedad no produce un cambio radical en las relaciones sociales. Cuando la propiedad común toma la forma de propiedad del Estado, lo que pasa es que el Estado se convierte en patrono universal y las posibilidades de tiranía se multiplican por la unión del Poder político y económico. Los principios en que se apoya el capitalismo no han cambiado; el trabajador continúa siendo esencialmente una cosa, un instrumento, una unidad de trabajo: el trabajador ha cambiado solamente un juego completo de señores, los capitalistas, por otro juego, los burócratas y directivos.

Un cambio de propiedad en los medios de producción podía ser una condición «necesaria» para la transformación de un orden social capitalista en uno cooperativo, pero no es, como la mayoría de los socialistas han pensado, una «suficiente» condición. Lo que les interesa a los trabajadores no es quién posee la empresa en que trabajan, sino las verdaderas y reales condiciones de su trabajo, la relación del trabajador con el trabajo, con sus compañeros y con aquellos que dirigen la empresa. Es por esta razón que los anarquistas permanecen abogando a favor del control de la industria por los trabajadores, condición por la cual todos participarían en términos iguales en la determinación de la organización de su vida de trabajo; donde el trabajo se convertiría en importante y atractivo y donde el capital no emplearía a la mano de obra sino ésta al capital.

El anarquismo, puede que se objete, está muy bien en

teoría pero falla o fallaría, en la práctica. Los anarquistas, no obstante, no aceptarían la implicada oposición entre teoría y práctica; las buenas teorías conducen a buena práctica y la buena práctica está basada en la buena teoría. Yo no digo que es fácil actuar anárquicamente: la tentación de obrar de una manera autoritaria (imponer soluciones en vez de resolver dificultades), es siempre muy grande y podría ser que a la corta al menos las organizaciones autoritarias sean más eficientes en sus resultados. Pero la eficiencia, exaltada por el capitalismo y también por el socialismo moderno, es solamente una apreciación por la que puede llegarse a pagar un precio muy alto. Más importante que la eficiencia es la dignidad del individuo responsable y las soluciones de lo que se acostumbraba a llamar «problema social», no vale la pena aplicarlas, a menos que estén en consonancia con la dignidad y responsabilidad individual.

Aquellos que son inducidos a rechazar el anarquismo como impracticable, deben tener presente también que las relaciones entre individuos que defienden el anarquista se aplican ya en ciertas esferas; no solamente en los círculos familiares y círculos de amigos, sino también en la esfera de la industria y de la vida comunal. El «kibbutzim» en Israel, las comunidades de trabajo francesas y socios cooperativistas, no son más que unos cuantos ejemplos. La tarea del anarquista es ampliar estos centros pequeños de anarquía hasta que lleguen a abarcar el conjunto de las relaciones sociales. Desde luego, una tarea nada pequeña, pero no un fin imposible o absurdo.

Yo admito que muchos (no todos) anarquistas en el pasado menospreciaron las dificultades que encontrarían para llevar a cabo una sociedad anarquista. La mayoría de los anarquistas modernos no se hallan bajo tal ilusión. Puede ser que la anarquía total nunca llegue a realizarse; en verdad, el rumbo de nuestros tiempos se inclina hacia una nueva era de tiranía; pero al menos vale la pena luchar por tal objetivo. La misión del anarquista no es, empero, soñar en la sociedad futura; más bien debe ser actuar lo más anárquicamente que se pueda dentro de la presente sociedad; evitar tanto como sea posible las situaciones en que se es mandado o empujado a mandar; y tratar de crear relaciones de mutua y voluntaria cooperación entre sus compañeros. En el mundo moderno, el Estado es la más importante manifestación del principio coercitivo. Para alcanzar la anarquía, por tanto, el Estado debe desaparecer; y el Estado desaparecerá cuando los hombres sean capaces de vivir sin él. Como dijo el anarquista alemán Gustav Landauer: «El Estado es una condición, una cierta relación entre los seres humanos, un modo de conducta; lo destruimos contrayendo otras relaciones, conduciéndonos de forma diferente».

En último término, el anarquista es una persona que se adhiere a cierto conjunto de doctrina o grupo de creencias: es una persona que se conduce o procura conducirse, «diferentemente»; en un sentido que consiste en el respeto de la individualidad inherente a todos los hombres.

**Geoffrey OSTERGAARD.**

*Trad.: J. R.*

*El compañero Geoffrey Ostergaard es catedrático de la Facultad de Comercio y Ciencias Sociales de Birmingham, colaborador activo de «Freedom» y otras publicaciones anarquistas inglesas. — N. de la R.*



## Melodías del silencio

# POR LAS BIBLIOTECAS

— I —

...Y el Neófito, tentado y atemorizado está luchando en el umbral del templo (¿satánico o divino?) de la razón pura...



COMO la primera vez, ahora tampoco puedo penetrar audazmente en los secretos de la inmensa biblioteca. Desde su umbral, la contemplo humilde, agobiado en mi alma. En los rincones las sombras parecen velos desplegados, caídos sobre lápidas funerarias. Y los rayos escasos, filtrados a través de las vidrieras adornadas de alegorías y leyendas, encienden las inscripciones doradas, ocultas en las penumbras de las salas.

Creerme en un templo antiguo, pero faltan las serenas, las divinas estatuas; creerme en un solemne mausoleo, pero no se cierne bajo su bóveda el hálito de la muerte; creerme en una fortaleza, pero no hay contrafuertes y almenas; creerme en una palestra de la vida, pero no hay torneos, ni luchas, ni entreveros...

Y desde el umbral, sin moverme, contemplo con fervor humilde en mi alma. Quisiera poder pensar en todo lo que tantos hombres han pensado en otros tiempos, pero en vano me empeño en arrancar algún pensamiento fijado en los libros... Quisiera poder soñar con todo lo que tantos hombres han soñado, pero no puedo resucitar un sueño enterrado entre blancas hojas... Quisiera poder retener en mi anhelo, entre tantas aspiraciones engañosas; un misterio trabajosamente aclarado, entre tantos misterios impenetrables, una pasión que haya ensangrentado con sangre tantas páginas; una ficción entre tantas ficciones y realidades escondidas en los anaqueles... Tan nimio, tan ignorante y desamparado me siento en el umbral de las bibliotecas y, no obstante, me parece que algo de todas estas cosas late también en mí...

¡Qué extraña arquitectura ostenta este templo sin estatuas! Y, sin embargo, cada libro, entre miles y miles de libros olvidados — tal aguardan, alineados, rígidos entre sus portadas adornadas — parecen contener más tesoros que un palacio, riquezas ocultas, impalpables, reveladas sólo a los iniciados.

¡Qué calma reina en esta necrópolis sin olores de muerte y podredumbre! Y, sin embargo, me parece que cada libro es un féretro en el que, embalsamada para toda la eternidad, duerme un alma humana que tanto anhelo y padeció, entre miles y miles de almas atormentadas...

¡Qué sombría fortaleza es la biblioteca sin torreones! Y, sin embargo, me parece que cada libro es una piedra penosamente cincelada. ¡Qué invencible ciudadela se ha erigido

con estas murallas de libros! Y cuántos mercenarios de la ignorancia, del saqueo y de la matanza, han caído ante estos sagrados y mágicos baluartes...

¡Qué palenque sin torneos es el estadio de la Razón! Y me parece, sin embargo, que cada libro es un espectador sentado en el palco, y cada espectador es a la vez un luchador. Y tantas canciones resuenan, en el coro de las voluntades lúcidas, enardecidas; tantos gestos solidarios, coordinados, reconstruyen sobre ruinas los mundos de antaño; y, en las perspectivas del porvenir, los visionarios esbozan el mundo mejor de nuestros sucesores... Oh, la eternidad de la vida pura, quintasenciada, que cabe en una biblioteca...

Y, desde su umbral, inmóvil, la contempló con fervor, humilde en mi alma... Y me parece, no obstante, que mucho he meditado, y mucho he anhelado... que tanto he soñado en esta vida, y en las otras, quizá... Y entre los anaqueles atestados con miles y miles de libros olvidados, estoy buscando mis tristes pensamientos — mis blancos y azulados sueños — y las aspiraciones dispersas por senderos solitarios...

Y me parece también que paulatinamente, en el vacío del corazón agotado, en el caos de mi mente, están preparándose libros nuevos, que serán escritos, afanosamente, con sangre cálida y nervios febriles... Libros que, alguna vez en la fúnebre biblioteca — junto con miles y miles de libros olvidados — estarán esperando que los lea con tristeza. ¡Quién sabe qué soñador o algún cansado erudito!

Y vacilo en el umbral de la biblioteca, sin atreverme a penetrar en los secretos de la Vida y de la Muerte!

— II —

...Y el Neófito, llegado a ser omnisciente, consumido por la nostalgia de la vida pura...

Por las severas salas de lectura, llevo mi deseo de saber, el deseo nunca aplacado de conocer secretos que siempre se renuevan y se multiplican. Pues llevo en mí los secretos, y el mundo entero está en mí. Pero, incesantemente, estoy buscando en libros algo de lo que mora en mí...

Y raras veces mi pensar se estremece al encontrar en un libro el mismo pensamiento, muy raras veces mi sueño se reconoce, como en un espejo, en el sueño fijado en las páginas del libro...

Y tantos libros deletreados con el mismo triste y cansado empeño — tantas palabras infiltradas a través de los ojos en la sangre y los nervios, despacio, despacio — insinuantes, embriagadoras, corrosivas como venenos — tantos libros lei-



dos en callado recogimiento — ¿para qué han servido si, ahora también, me atormenta sin piedad alguna el vano deseo de saber?

¿En qué escondrijos de mi alma están los libros que he leído? ¿Por qué he nutrido mi ser con tantas pasiones extrañas y aspiraciones alucinantes?... Me siento ligado por miles de cadenas que no me dejan moverme con gestos libres, espontáneos, y siempre estorban mi sano ímpetu de elevación. Siento que estoy llevando conmigo un mundo que no es mío: otros pronuncian, por mi voz, palabras en las que no creo; otros dirigen mi brazo hacia cosas que no deseo; otros me hacen ver de distinto modo el mundo de afuera, el mundo oculto en mi mismo...

¡Oh, libros que nos avasallan, pérfidos, astutos, y trastornan la armonía interior, con tantas penas logradas! Pues raras veces la mente se estremece al encontrar el mismo pensamiento en un libro, y raras veces el sueño se reconoce en el sueño fijado en las páginas que leemos...

Y cuando he abandonado la ciudad, para leer en el vasto libro abierto de la naturaleza; cuando he tratado de olvidar un mundo indiferente u hostil, y de hablar conmigo, en mi pobre soledad, siempre los libros que se adueñaron de mí, me hicieron volver, despiadados, con pesados pasos de forzado, hacia las severas salas de lectura.

Y línea tras línea penetra en mí, por los ojos, por la sangre, por los nervios, el extraño mundo de los libros. Y este mundo me agobia más y más — y la fiebre se extiende, me abrasa: las líneas vibran, se embrollan; visiones y espejismos surgen de las páginas nubladas — y un cántico susurra en mis oídos, melopos prolongada, como un llanto, como una plegaria...

Y a menudo, desvío la mirada, presa en la red de las letras negras. Contemplo las salas, una tras otra, bañadas en su luz filtrada, cenicienta. Silencio, calma de sanatorio, voces apagadas, gestos mudos, pasos de puntillas, Y hay tantos lectores...

Así como están sentados en las mesas largas, en las salas tapizadas de sombras transparentes, bajo las aureolas de las más altas ventanas, ellos parecen creyentes, reunidos en un templo, todos humildes, todos resignados. Oran, encorvados sobre sus tomos, la frente apoyada en las palmas. Y tan triste es su creación, sin salmos, sin cánticos. Y su Dios es tan multiforme y contradictorio, nebuloso, esfumado...

Oh, estos jóvenes creyentes, que quieren saber más y más, anhelando triunfar en la contienda que les espera — estos pálidos lectores que me sustentan con todo lo que otros han meditado y sentido —; hermanos míos ¡qué confiados estáis en la soberanía del libro, dejando que vuestro corazón sea presa de las angustias y los sueños extraños!

Y pienso en vuestro destino, cuando, pasando los años, la Vida cruel — tan apresurada por las calles, trepidante en las fábricas, jadeante sobre las labranzas — os hará salir de estas solemnes salas de lectura. Temo por vosotros, que lloraréis, desamparados, por tantas añoranzas incumplidas, tantas ilusiones y tantos pensamientos vueltos estériles, pudriéndose en vosotros como los muertos en cementerios. Pues los magos y los santos, los sabios y los héroes de los libros que habéis leído, os dejarán solos, perdidos en la gran lucha, la verdadera, sin tregua ni piedad.

Y así como estáis, inmovilizados en las mesas — ¡hermanos míos, en el mismo destino! — me parece ver en estas salas severas, crepusculares, a los que convalecientes salidos de los

hospitales donde padecieron — y que leen, resignados, el cuento de su alma desengañada.

### — III —

...Y el Neófito, siempre esclavo del libro, implora su redención que se halla sólo en el Amor puro...

Cierro el libro, cual una cajita vacía, sin secretos. Bajo la frente siento el dolor del empeño fastidioso y débil, mientras afuera la calle está pletórica de hombres y riquezas, tumultuosa, apresurada con el tiempo que corre... Pero estoy sujeto a esta mesa, como un galeote a su barco. Parece que quisiera permanecer encadenado a la mesa, para siempre, hundido en mi lectura como en un amasijo de nubes plomizas...

Delante de mí, en la otra mesa, de espaldas, está leyendo una joven mujer. Y dejo descansar mis ojos... En sus cabellos, reflejos pálidos se entretejen cual una corona sedosa; el cuello blanco, son sombras tenues, como un fragmento de columna; el ángulo de los brazos frágiles sostiene el busto suave, inclinado sobre el libro; y los hombros apenas se elevan y bajan al ritmo de la lenta respiración...

Y al quedarme así, inmóvil, contemplando a esta desconocida, cuyo rostro me lo imagino con ojos oscuros y labios tiernos, de dulce, tímida y triste expresión, siento la caricia de la consolación, el bálsamo mágico de la belleza...

En las salas enlutadas, con sombras frías y escasos fulgores de sol, entre las filas de lectores hermanados, las lectoras parecen flores de invernadero olvidadas entre rocas grisáceas. Inclínadas sobre el libro, ellas leen, absortas, fascinadas, pero ¿qué leen estas enigmáticas mujeres en tantas páginas marchitas, áridas como el desierto? ¡Qué tristeza dimana de su silencio perseverante y cómo me envuelve su tristeza, vibrante de ternura y consuelo!

Y el mismo rostro lo llevo en mi alma: de ojos oscuros, llenos de sueños. ¡Qué hermosa es la mujer cuando la ausencia o el olvido la cubren con sus velos diáfanos! La vida pura, exultante y fecunda del amor — su secreto amor, anhelante como en cualquier alma humana — ¡cómo se muere, lentamente, en su pecho, mujeres olvidadas en bibliotecas! ¿No sentís, acaso, cómo late y se estremece el pobre corazón esclavizado? ¿No sentís que en vosotras resuena las poderosas y claras llamadas del mundo? ¿Desconocéis su propia belleza, embrujada por libros herméticos, mujeres tan encantadoras en solemnes salas de lectura?

¿Qué meditaciones irreales perseguís con infinita paciencia? ¿Qué mundos perdidos en la eternidad, resucitáis de las frases largas y embrolladas? ¿Y a través de qué desoladas regiones estáis errando, alucinadas, o buscando una engañosa felicidad en los reinos metafísicos, entre fantasmas y abstracciones?

Y sin cesar, leéis un libro tras otro. Libros que no enseñan que la vida está consumiéndose y agotándose en el seno oprimido de añoranzas, ya que la vida exige otras vidas, cálidas, fraternales, para que viva, crezca y fructifique. Y en los libros aprendéis que es en vano que el hombre ame y anhele, que siempre cae derrotado, que la dicha terrestre es algo incomprensible... Y tantas lágrimas que no habéis derramado, tantas desilusiones que no habéis experimentado — lágrimas y desilusiones que sólo habéis encontrado en las páginas leídas, abrumadas por su tristeza y soledad — agotan en vosotras las esperanzas, todas las consolaciones del porvenir...



# EL ALMA Y SU SOFISTICA INMORTALIDAD <sup>(1)</sup>

*«Por la misma causa de existir, todo ser predispone a la vida; la conmoción y alteración de su organismo le impulsa a ello. Ajustado a esta ley, el hombre, en todas las épocas, ha luchado para lograr una mayor cantidad de vida y, cuando los factores de lucha hánse presentado adversos, ha querido abandonarla creyendo que le era irrealizable el vivir acá en la tierra, para ocuparse de obtener otra existencia íntegramente feliz y eterna que supuso realizable.»*

## EL SUEÑO, ORIGEN DE LA DUALIDAD.

**P**OR sus resultados, la primera concepción de la dualidad humana ha sido de la mayor trascendencia. En el más inmemorable pasado, se presagiaba que en los sueños hablaba, actuaba y tenía voluntad, alguien diferente a nuestro yo.

Cuando después de un largo ayuno y de una caza ineficaz, fatigado el hombre primitivo se acuesta para dormir, sueña que captura su presa, la desuella y, en el instante de satisfacer su voraz apetito, despierta. Se da cuenta que no ha abandonado su lecho; de ello supone que es doble y que, mientras uno de estos Yo viaja por lugares apartados, el otro Yo continúa tendido e insensible. Otro factor que indujo a creer en la dualidad, en el mismo hombre primitivo, fué el observar su sombra que duplica sus ademanes y movimientos; a sus ojos, la sombra, es el espíritu del hombre que le acompaña durante la vida y que se aparta de él el día de su muerte.

*Y, en mi alma, llevo el mismo rostro de ojos oscuros y labios pálidos. ¡Cuán hermosa es la mujer, cuando los deseos perecen en ellas y se esfuman las congostas, cuán extraña y lánguida, como una flor envenenada!*

*.....*  
 ¡Cómo me atrae la nostalgia de su amor agonizante, y cómo me envuelve el sortilegio de su silencio y de su sueño! Oh, si yo tuviese el raro poder de arrancarlas de su invierno y transplantarlas en montañas azuladas, en bosques frondosos, en campiñas fecundas, en jardines que destellan de colores y fragancias — podría verlas reanimadas, resplandeciendo de vida pura y eterna, con ojos serenos, labios frescos y sonrosadas por la alegría del Amor — ¡oh, pálidas mujeres olvidadas en sombrías salas de lectura!

*Pero vosotras leéis siempre, embrujadas por esos tomos áridos, herméticos, y suspiráis con dulces resignaciones mientras afuera, en las calles, la vida resuena, tumultuosa, rica, proteica, y tan apresurada con el tiempo que corre...*

Eugen RELGIS

Son los sueños, el punto de origen que forma la idea, de que el espíritu es una entidad distinta al cuerpo. Los desvanecimientos y los síncope se explican del mismo modo que el sueño. En todo estado más o menos inconsciente, se consideraba una ausencia breve del alma. Aun se conserva, en el lenguaje ordinario, las señales de esta creencia; después que una persona recobra el conocimiento se dice que «vuelve en sí».

## LA INMORTALIDAD, ANHELO HUMANO.

Hasta el pasado siglo, venían presidiendo una constitución de antiguas creencias, productó de las grandes cuestiones inciertas, ocultas por el simbolismo de las religiones. Y una de las que están más interiormente unidas con la naturaleza humana, es la inmortalidad.

El hombre ha tenido siempre el anhelo de desarrollar su personalidad, o la influencia de ésta, en mayor tiempo del que alcanza su vida individual.

Según la disposición de la comunidad en que ha vivido, conforme sus situaciones de existencia, ha modulado su supervivencia de un modo diverso. Ha creído perpetuarse transformándose en otros seres; se ha formado una inmortalidad relativa a los astros por medio de una ausencia continua de un astro a otro. Consolidó el ideal de su persona en un Dios-todo, del cual se convenció en parte. Se ha supuesto doble, se ha creído espíritu que volaba fuera del mundo, a ser feliz o a sufrir por toda la eternidad, mientras dejaba el cuerpo a la descomposición aquí en la tierra.

El hombre desdobló su persona, a estímulos del deseo de inmortalidad que le ha poseído, pero antes de llegar a esta concepción dualista se ha creído estar compuesto de distintas esencias simples.

La creencia en un cuerpo único y en una sola alma es peculiar de un estado de civilización avanzado. Pero varios son los pueblos y las religiones que han tenido por dogma la pluralidad de las almas. De este modo los indios, adoptaron la idea de la transmigración. Los egipcios, sectas de Alejandría y algunos primitivos cristianos concebían al hombre triple. Los hebreos concibieron la idea de la inmortalidad

(1) Este estudio, que por razones de prudencia se inserta sin firma, tiene, aparte su valor estimable como análisis filosófico e histórico, el más estimable todavía de ser la obra de un joven cuya conciencia se ha formado en España, que allí vive y que elaboró este trabajo, como síntesis de la discusión entablada con una muchacha católica y culta, capaz de discutir serenamente de estos problemas.

«CENIT» publica con gusto estas cuartillas, animando al autor de las mismas a proseguir por el excelente camino iniciado. Son las nuevas promociones, los valores nuevos surgidos pese al franquismo, por esa riqueza natural de la especie, que rompe todas las cadenas y pasa por encima de todas las vallas.



del alma durante su cautiverio en Babilonia y bajo el despotismo de aquellos reyes absolutos. En la Grecia decadente la imaginó Platón. Sobre la misma idea filosofaron los neoplatónicos en unión de todas las decadencias orientales.

Por el concepto expuesto, los cristianos predicaron la resurrección de la carne, que éstos aceptaron al no conseguir la libertad y el derecho. Imperó la misma idea entre los bárbaros. En la tiranía eclesiástica de la Edad Media, paupérrima y feudal, se pensaba firmemente en una existencia en el más allá. Y cuando en el Renacimiento el espíritu humano despertó de su insensibilidad, duró esta creencia gracias al dogma intolerante de la tiranía monárquica por un lado, al fuego y hierro que imponían los Austrias de España por otro.

### PERIODO TEOLOGICO.

Se puede llamar período teológico el tiempo preliminar de la humanidad, en la infancia de la inteligencia, cuando el hombre tenía, según ellos, un alma superior, divina, la inteligencia, que libertada del cuerpo iba a relucir en el cielo como un astro luminoso; y un alma inferior que movía nuestros órganos, que tomaba la pena de las malas acciones, alma que aparecía después de la muerte, alma fantasma que durante el sueño se separaba de nosotros.

Esta alma era material, más tenue que la formada de la carne humana y era análoga al alma de los animales y de las plantas. El hombre sólo se diferenciaba de los demás seres por la posesión del alma, inteligencia pura, fundamento de la verdadera inmortalidad.

Mas esta cuestión es preciso aclararla de una manera más sincera, puesto que las teologías han expuesto este problema preguntándose qué le ocurre al hombre después de su muerte, sin detenerse a reflexionar si después de ser, le podía ocurrir algo; sin investigar si había cierto detalle que probase la prolongación del individuo después de su defunción.

Para la solución de tan difícil problema, no le basta a la filosofía positiva, la Sociología. Esta únicamente nos puede facilitar el conocimiento, de cómo se ha ido formando, durante la evolución de los pueblos, la idea que sobre este punto ha tenido.

Hay que proceder también en el terreno de la Biología, de la Química, para servirse de ellas con sus métodos de comparación y experimentación hasta darnos una solución satisfactoria.

### LA INMORTALIDAD EN LA BIBLIA Y EN ALGUNOS PUEBLOS ANTIGUOS.

La inmortalidad del alma no se menciona ni directa ni indirectamente en ningún pasaje del «Pentateuco», conjunto de libros del Antiguo Testamento. Las naciones que circuían a los judíos (Grecia, Caldea, Persia, Egipto, Asiria, etc.), admitían la inmortalidad; sin embargo los judíos no habían reparado aun en tal cuestión.

Ni en el «Levítico», ni en el «Deuteronomio», el legislador que habla, ni amenaza con castigos después de la muerte ni promete ninguna recompensa. (Aquí convendría hacer una aclaración: Según la dogmática cristiana es muy común la opinión de ser premiado o castigado. Quien obra por la recompensación, el día que sus sentimientos fluctúen o no dé crédito a las aseveraciones de Dios, será un animal desorientado. Mientras que quien obra según su conciencia

procederá bien y, en sí mismo, aportará el castigo o la distinción de sus actos. En la inmortalidad católica va mezclada la creencia del perdón: el reo sabe que Dios puede absolverle los perjuicios que a sus semejantes pudo haberles hecho. Tal concepto fomenta y extiende las acciones discriminadas; como es con Dios con quien ha de ajustar cuentas, poco o nada le interesa al cristiano faltar al hombre.)

En los tiempos patriarcales de Job, unos 1.700 años antes de Jesús, los hebreos creían que el muerto descendía en un lugar subterráneo llamado Schol. Allí los difuntos mantenían una imprecisa realidad, parecida a la de los «manes» de los romanos o las «sombras» de la Odisea. Jamás juzgaron en esa alma distinta del cuerpo material y eterno. No obstante las dos iglesias, protestante y católica, han pretendido señalar como preludio y compendio de la supuesta asertación de la inmortalidad del alma.

En los hebreos, como en los demás pueblos del Asia, la teoría de la dualidad humana y de la inmortalidad del alma en otro lugar, germinó de un desasosiego social. Fué preciso en algunos pueblos para que una clase social inferior sufriera la carga que le imponía; surgió en otros para labrarse una dicha que en la tierra no conseguían. En todo tiempo fué indicio de decadencia, esclavitud y miseria. Únicamente se anhela más vida en otro mundo, cuando ya no se puede gozar con decoro en éste. Dicha ley histórica de los pueblos orientales imperó en las comunidades de Occidente.

Durante la antigua Grecia, ningún filósofo procedente de la escuela platónica, a excepción de Pitágoras, otorgaba personalidad al alma desunida del organismo. Leucipo decía que el alma necesitaba respiración, pues era un fuego, una combustión: «cuando no hay aire se apaga» y el «individuo muere». Heráclito creía al mundo rodeado de esencia divina, fluido tenue que respiramos; por intuición había adivinado conclusiones de la Biología moderna. Pitágoras y Platón suponían la teoría de la personalidad del alma, desrobando al hombre en dos mitades. Platón imaginó un alma en tres divisiones: irascible, apetitiva y racional. Residían respectivamente en el corazón, en el vientre y, la última, en la cabeza, que era inmortal.

Y en Roma, a la par que en Grecia, decían los filósofos, poetas y oradores ilustres, que la muerte era solo un descanso eterno de las fatigas de la vida; unos seudofilósofos, ayudados por la fantasía y la vanidad, afirmaban, que el pensar, para nada interviene la materialidad de nuestro organismo y, en consecuencia, debía haber algo más delicado que lo realizaba. Y este algo, que se le llama alma, «ánima», derivación del «anemos», griego, que significa aire. Una substancia sutil. Una clase de aire íntimo que en nosotros piensa, dijeron.

Aparecieron los apóstoles de Cristo, los fariseos reformados y, en nombre de la fe, añadieron a la inmortalidad del alma, que no podía hacer prosélitos, el dogma extraño de la resurrección de la carne. Resurrección ésta que se originó de los salvajes que creían se efectuaba en unas horas, después en algunos días y, por último, en algunos años. Más tarde se modificó tanto, que se ha retardado hasta el fin de los siglos. «Todo crimen, maldad, corrupción — decían —, es propiedad de nuestra naturaleza infame». La culpa de nuestros primeros padres la llevamos encarnada al venir al mundo. El pecado y la muerte son el resultado de tal rebelión. ¡La muerte del cuerpo y el pecado son la muerte del alma! Pero Dios misericordioso envió a su hijo para eliminar la muerte e instituyó el bautismo. Únicamente por él nos



liberamos de la muerte del alma. ¡El día del juicio, Dios nos resucitará «con nuestros propios cuerpos», para llamar a los que hayamos sido fieles a la vida eterna!

La inmortalidad del alma de los dogmas orientales, se introdujo en Grecia por conducto de la misteriosa fiesta de Eleusis. La resurrección del cuerpo, proclamada por los cristianos, tenía su festín sacro en ágapes. El día de pascua, u otra solemnidad, reuníanse los hermanos en Cristo, hombres, mujeres, jóvenes, viejos, ricos y pobres en santa confusión. Tendidos en lechos comían y bebían, celebraban el reinado de Dios. Hermanos y hermanas se abrazaban y besaban en el fervor místico. Practicaban la ley del amor, pero no había pecado. El bautismo les redimía. El espíritu santo les inmunizaba. La propiedad de la mujer, de una hacienda, un quebranto de la comunión, hubiera sido un egoísmo indigno de cristiano. De festines fraternales pasaron a puras orgías. Llegóse a tal extremo que, en el año 397, en el tercer concilio de Cartago, se decretó la abolición del uso de lechos y besarse entre ambos sexos.

La Edad Media se caracterizó por la supremacía del espíritu. Creyóse que el alma, desligada del cuerpo, cual una cosa sutil, separada de su envoltura grosera, retornaría en su busca el día del Juicio. Esto produjo una acción especial. De remotos tiempos se quemaba el cadáver. Con la creencia en la resurrección de la carne, adaptada al ser humano, esta práctica hubiera sido una violación. Era preciso, pues, que el cuerpo se mantuviese a cubierto hasta que el ángel le llamara a juicio. Si las moléculas habían sido esparcidas en el ámbito de la atmósfera, ¿de qué modo había de encontrarlo el alma? Por ello se crearon los campos santos. La losa se cerraba tras el cadáver, para abrirse cuando el espíritu, unido al cuerpo, le transmitiera la fuerza para levantarla. El mayor vejamen para el creyente era ser quemado. Ser quemado suponía impedir la resurrección, obligar al alma a vagar errante por el mundo, en pos de sus moléculas dispersadas. Por esta causa, el Santo Oficio, hizo de la hoguera el suplicio común de herejes y relapsos. Y aun en el pasado siglo, algún obispo, hacia pública su oposición a la incineración de los cadáveres, so pretexto de violar la fe de la humanidad en la resurrección.

De la tenebrosidad del medievo pasó al Renacimiento una nueva aurora. La idea que se tenía de la inmortalidad en la Edad Media, casi se modificó en el Renacimiento. Adoptóse el método de la persuasión en el estudio y despuntaron las ciencias. Oyendo una porfía sobre la inmortalidad del alma, el papa León X emitió su parecer diciendo que sería asaz terrible crear una vida futura.

Los sermones católicos prosiguieron contando apariciones de muertos y condenados para alimentar la pusilanimidad del pueblo, procedimiento seguido para conservar privilegios y eternizar tiranías insostenibles a todo hombre sano de entendimiento. Mas como viera la Iglesia que poco valían sus predicciones, ya que la razón no declinaba en su favor para aprisionar al pueblo, impuso el terror y aplicó aquello de «al hereje no se le convence, se le extermina».

### FILOSOFIA SOBRE LA INMORTALIDAD.

La inmortalidad del alma, esta controversia universal, causa de ambigüedad y discusión enorme, induce a intentar solucionarla por medios de inducción y compararlos con la formalidad que proporcionan las ciencias. Intentaremos acla-

rar cuál es la única inmortalidad efectiva que el hombre puede creer en el presente.

La ciencia y la filosofía de común entendimiento, confirman la unidad del ser humano con respecto a su naturaleza y en cuanto a su lugar en el mundo, prueban que es el límite superior de los seres terrestres, la más excelsa rama del árbol genealógico de los organismos de la tierra. Niegan que el hombre sea un ser compuesto; rehusan que en su formación se reúnan dos substancias; desmienten que sea un ser separado de la creación.

Esta determinación está excomulgada por herética por los sacerdotes y por los metafísicos, por materialista; ambas tendencias la acometen partiendo de la dualidad de substancias. Aunque los conocimientos científicos nos proporcionan de que el hombre deambula del instinto a la razón superándose diariamente, mucho mejor que se figure haber desandado de un estado de suprema excelencia y andar desorientado de generación en generación hasta el fin de los siglos.

La idea de reunir dos caracteres distintos en una misma persona como es la dualidad de sustancias o esencias, es un concepto que no tiene cabida en la ciencia. Es norma la unidad en la Naturaleza. La unidad del cuerpo y el alma no es más que una actuación de ésta con aquél.

### FISIOLOGIA DEL ALMA.

El alma, o la suma de las funciones que se mencionan con este nombre, está en conexión con la organización corporal, siendo tanto más correcta cuanto más perfeccionado está el organismo.

Basados en hechos fisiológicos o patológicos con relación a actos psicológicos, se llega a la conclusión de que el alma es una función de la substancia nerviosa, interpretando por el alma el conjunto de funciones intelectuales y afectivas. Sus movimientos aferentes y eferentes, reflejos y reflexivos. Las sensaciones superiores como son el sentir, recordar, pensar, querer y discernir actos, residen en el cerebro y en razón directa de la complicación de sus circunvoluciones, grosor de la capa gris, tamaño de la masa en relación con los nervocefálicos, composición química, peso, volumen y rapidez de la circulación sanguínea.

La fisiología, patología y química facilitan estas fundamentales notas que nos sirven para modelar la ley de la dependencia en que están los fenómenos intelectuales del gran centro nervioso, indicaciones que, cuanto ha venido designándose con la palabra alma, es solo una función del organismo nervioso. El cerebro, es evidentemente, el órgano de las funciones químicas, como los nervios son los medios de transferir y los músculos los de la realización. Cuantos afirman que el alma es un ser simple y distinto del cuerpo, la cual funciona de por sí, jamás han podido asentar lo que es, dónde se aloja, quién la vió o quién la percibió por separado.

Platón, observando que sin cerebro no había función intelectual, le fijó allí su morada; Aristóteles, imaginóla en el corazón. Heráclito, Critias y la mayoría de los judíos, creyeronla en la sangre. Epicuro, teniendo en cuenta que la respiración daba animación y vida, supuso que se albergaba en el pecho. Descartes intentó localizarla en la glándula pineal. Kant en el agua encerrada en los vehículos del cerebro. Ennemoser dijo que debía estar en todo el cuerpo, y Fischer, más cerca de la verdad, la creía alojada en todo el sistema nervioso.

• •



### EL CEREBRO Y EL SISTEMA NERVIOSO, MENTE DEL ALMA.

Todas las ramas del saber humano coinciden, hoy día, en confirmar que todos los ejercicios del intelecto, de la ética, como toda manifestación del sentimiento, pensamiento y conciencia, reside en el sistema nervioso cuyo centro es el cerebro. Tales fenómenos son una consecuencia de su mecanismo, de su estructura y del trueque molecular que en él se realiza por la circulación de la sangre.

El cerebro forma siempre el órgano material por el cual se expresa la parte espiritual de nuestro ser. Entre el espíritu y la materia cerebral subsisten relaciones que eslabonan ambas definiciones. Se ha evidenciado que el alma es una función del cerebro y no un valor diverso del cuerpo.

A pesar de no conocer gran parte del cerebro, se ha llegado a localizar de una manera definitiva cierto número de facultades o centros: facultad del lenguaje (tercera circunvolución frontal izquierda); facultad de los movimientos de la lengua y de la cara (la misma circunvolución); facultad de movimientos de los miembros (lóbulo paracental); memoria auditiva de las palabras (primera circunvolución frontal izquierda); memoria visual de las letras (segunda circunvolución parietal izquierda).

Los mudables procesos químicos que en el hombre se fomentan, demuestran estar enlazados a un substrato material, que es el sistema nervioso.

Puede decirse que las ideas son secreciones del cerebro, como la bilis es la secreción del hígado.

### LA VERDADERA INMORTALIDAD.

Consolidada la unidad del ser humano queda, pues, denegada la inmortalidad del alma como valor individual, distinta del cuerpo, y desunida de él cuando muere.

La inmortalidad del alma, esencia simple, que han sostenido varias religiones, y la del cuerpo, para después del Juicio, que han ofrecido los cristianos, sólo han sido egotismos que traspasan los límites de la ciencia experimental aparecidos en aquellas épocas en que el hombre no ha tenido medios acá en la tierra; el instinto propio se los ha hecho aceptar. En todo período de tiranía, miserias y desastres, el hombre ha deseado vivir y gozar lo que aquí no podía, en otros tiempos o en otros lugares.

La inmortalidad del alma, como substancia distinta del cuerpo, sólo fué un equivocado cálculo de las inteligencias primitivas de hombres en desdicha.

La única inmortalidad positiva es la noble inmortalidad de la acción, o sea la perpetuación del hombre, de sus actos o de sus ideas. Ser inmortal es extender su existencia más allá de la breve permanencia del individuo; y la existencia, o nuestro modo de ser, sólo se prolonga obrando, para que los que nos sucedan nos adeuden algo, para que se hallen bajo la ascendencia de nuestras acciones, bajo nuestro prestigio postrero.

Quien viva en comunión con sus semejantes, el que ha puesto en conexión con la Naturaleza, el que está dentro del gran orden moral y ha comprendido la Justicia, el que lega a sus hijos sus obras, discípulos o eximidos, éste no muere, y su inmortalidad es de tal condición, que no se la puede prometer igual religión alguna.



*El valor máximo de este lindísimo trabajo es que ha sido pintado con la boca por un amputado de ambos brazos.*



# Comentarios sobre el pensamiento y la obra

de

CAMUS

En Toulouse, y en la Sala de la antigua Facultad de Letras, rue Rémusat, se celebró hace unos días un acto de homenaje a Albert Camus. Estaba organizado por «Cité humaine» y en él tomaron parte M. Max Primault, que comentó el teatro de Camus; M. Jacques Andrieu, que habló de Camus novelista, y por último Georges Hahn, que definió la filosofía camusiana.

He aquí, a continuación, una síntesis de los discursos pronunciados:

## CAMUS NOVELISTA.

M. Jacques ANDRIEU: Camus no es un mero novelista; la novela concretiza su pensamiento. Ni es artista puro ni estilista. Ha puesto la novela al servicio de la moral. En él encontramos dos suertes de novelas: la novela filosófica y la novela moralista.

«El Extranjero», publicado en 1942, es una novela filosófica que nos demuestra lo absurdo del mundo. Nos presenta una región conocida: Argelia. El héroe es un hombre absolutamente indiferente a todo lo que le rodea, menos a sus necesidades elementales, inmediatas. Se pasa los domingos en un balcón mirando a la gente y sentado en su silla como el estanco. ¿Por qué? Porque se siente más a sus anchas. Come un poco de chocolate cuando tiene ganas de comer. Al producirse la muerte de su madre y su entierro, no experimenta pena alguna, sino un gran cansancio físico porque tiene que andar mucho. Y un día en la playa, porque hace mucho sol y tiene mucho calor, mata a un árabe que reñía con un amigo suyo hacia quien no sentía apego alguno. El hecho de matar a un hombre sin motivos racionales no constituye un acto gratuito, sino que es tal vez un hecho relacionado con las sensaciones de un individuo que se deja llevar por ellas. La vanidad y la inutilidad de la vida cotidiana se ven expresadas en un estilo voluntariamente monótono.

El drama quiere demostrar que la mayor parte de las acciones humanas no están motivadas racionalmente. Constituye una explicación novelada de lo inexplicable.

«La Peste» (1947), cuya acción se sitúa en Orán, es la novela filosófica por antonomasia.

En «La Chute», un antiguo magistrado cuenta su vida a un turista; puede compararse al Mefistófeles de Goethe. Es un «juez pecador» que se acusa a sí mismo para poder juzgar a los demás (Rousseau-Baudelaire). Es la conciencia la que habla. Existe el remordimiento para con nosotros mismos y malestar íntimo ante el prójimo. Vemos en esa obra una mezcla satánica de exaltación lírica y de recaída interna.

Encontramos en las novelas camusianas una facultad de emoción verdadera e intensa que da vida al mero aspecto

intelectual de la filosofía. Su filosofía es hecha carne y huesos en los personajes novelados.

Al contrario de Sartre, la mayor parte de sus dramas son moralistas.

Hallamos en ellos, además, la sensualidad de los paisajes bañados, tostados por el sol mediterráneo. Es el mar, el cielo, las estaciones de este país cálido y sensual: Argelia.

En resumen, sus novelas presentan cualidades certeras en la técnica del drama, en la potencia de la emoción, en las sensaciones que de ellas se desprenden.

## CAMUS DRAMATURGO.

M. Max PRIMAULT: En los años 1933-34, Camus fue director de la compañía «El Teatro del Trabajo». Manifestó mucha sagacidad en la elección de los dramas representados. En 1935, el Teatro del Trabajo llevó a escena «La Revuelta de Asturias», glosando el levantamiento de los mineros asturianos.

Por aquellos días se representó asimismo «El tiempo del desprecio», de Malraux, y «Calígula».

En 1936 entró en el conjunto de Radio Alger. Ocupó el cargo de director de escena. De esta época data un interesante trabajo sobre la significación y la filosofía de los actores.

Camus es un apasionado del teatro. En él busca, no una doctrina, sino un método. La duda sistemática constituye una etapa de lo absurdo.

En «Calígula» desarrolla el tema de este absurdo y de la toma de conciencia del sentimiento de la muerte. El príncipe es bueno, pero pierde a su hermana. Entonces es cuando toma conciencia de la muerte. «Los hombres mueren y no son felices; el mundo es absurdo. Tengo necesidad de felicidad. Si nada tiene sentido, todo está permitido». Juega el juego siniestro de lo absurdo pero fracasa; no encuentra la felicidad deseada.

Mas el pesimismo no es completo: «El hombre necesita encontrar su propia definición». Existe el amor, cuyo padecimiento es saludable. Hay certidumbres: el amor de una madre para con su hijo. El dolor lo transforma todo.

Camus desarrolla más tarde el tema de la rebelión. Lo encontramos en «El estado de sitio» y «Los Justos». La debilidad de estos dramas estriba en las alegorías y la selva de símbolos de que se vale el autor y que los hace oscuros.

Pero es interesantísima esta rebelión, porque pide el sacrificio de la vida para salvar a los demás. Es una virtud.

«Los Justos» nos muestra que la justicia puede ser tan inhumana como la injusticia. Durante la revolución debe lanzarse una bomba sobre el coche del Gran Duque, pero dentro de él hay niños. He ahí el conflicto entre la Revolución y el corazón para el que tiene que echar la bomba. Hay un desgarramiento entre la felicidad y la justicia: «El amor es imposible para los justos».



El teatro camusiano es el teatro de los grandes asuntos y del noble estilo.

### CAMUS FILÓSOFO.

M. Georges HAHN: «No soy filósofo. Sólo hablo de lo que siento», dice Camus.

Pero toda conciencia lúcida se vuelve filosófica. Por lo tanto, en él no encontramos un sistema, sino un sentido de la conducta moral y de la creación artística: «El mundo necesita verdaderos diálogos».

Camus prosigue «la limpieza intelectual» empezada por Descartes y continuada por Kant.

1) Poner en duda los valores para la acción.

2) Poner en duda al mismo hombre. Es una filosofía de la filosofía.

En Camus encontramos una exclusión. El hombre está excluido de todas partes.

En relación de los demás, hay un abandono, una indiferencia evidenciada en «El Extranjero».

En relación con el universo, con el tiempo: el hombre está siempre anhelando una mañana que nunca alcanza. Sólo hay una certidumbre matemática: la de la muerte.

¿Qué hacer? ¿Suicidarse?

No. Nada supera la experiencia de lo absurdo. Ni hay desespero, ni hay esperanza: hay desesperanza.

Sólo existe una alegría: la de la sensación.

### CAMUS Y EL EXISTENCIALISMO.

Se sitúa al margen de los existencialistas: no encuentra alegría en lo horrendo y es capaz de sensaciones sanas.

Camus no es como Sartre un filósofo innato, sino un artista que se hizo el servidor de la filosofía. Camus pertenece al arte y quiere pagar el precio de este arte.

Camus, sin embargo, critica lo absurdo. No se puede vivir en esa posición.

Su obra «L'homme révolté» es una dialéctica de los movimientos de rebelión.

Hay una rebelión metafísica, espiritual. Como en Dostoyevsky, hay una negación a la salvación.

Dios no puede justificar el dolor y sobre todo el dolor en los niños.

Hay una rebelión histórica: la del nihilismo en Rusia, que se divide en dos:

1) Rebelión idealista y práctica, la de los obreros;

2) Rebelión maquiavélica, la de los burgueses y los intelectuales.

Hay un conflicto entre la ideología y la psicología.

El instinto moral desempeña un papel importante. Hay límites. No se puede decir: NO, a todo.

Un problema queda a resolver: ¿Ha salido Camus enteramente del absurdo? ¿Ha inventado una moral o sólo ha practicado una ya existente?

## Libros y publicaciones recibidas

- «Suplemento de Solidaridad Obrera». — París.
- «Les Cahiers des Amis de Han Ryner». — Pavillon-sous-Bois (Seine).
- «Le Monde Libertaire». — París.
- «Le Réveil». — Ginebra (Suiza).
- «Volontà». — Génova (Italia).
- «Umanità Nova». — Roma (Italia).
- «Saturne».
- «Solidaridad Obrera». — México.
- «Tierra y Libertad». — México.
- «Noir et Rouge». — París.
- «Deslinde». — Montevideo (Uruguay).
- «L'Adunata dei Refrattari». — New York (U.S.A.).
- «Regeneración». — México.
- «Views and Comments». — New York (U.S.A.).
- «AIT». — París.
- «Ação Direta». — Río Janeiro (Brasil).
- «Contre courant». — París.
- «Solidaridad» F.O.R.U. — Montevideo (Uruguay).
- «Notre Route». — París. (Revista mensual en idioma búlgaro).
- «Organización Obrera» F.O.R.A. — Buenos Aires (Argentina).
- «Spanish News». — Londres (Inglaterra).
- «Inquietudes Juveniles». — Londres (Inglaterra).
- «La Protesta». — Buenos Aires (Argentina).
- «Lucha Libertaria». — Montevideo (Uruguay).
- «Voluntad». — Montevideo.

- «Témoins». — Zurich (Suiza).
- «Défense de l'homme». — Magagnosc (A.M.).
- «L'actualité de l'Histoire». — París.
- «International Review of Social History», Vol. II-1957. — Amsterdam.
- «Archivo Internazionale di Sociologia della Cooperazione», Vol. I-1957. — Milan (Italia).
- «Preuves». — París.
- «Cuadernos». — París.

### LIBROS Y FOLLETOS RECIENTES DE LECTURA INTERESANTE

- «C'était en 1900...», de G. Lacaze-Duthiers.
- «Vida Sindicalista», Juan Ferrer, París.
- «El Sindicalismo según sus influencias», Hermoso Playa-Juan Lazarte.
- «La solución federalista en la crisis histórica argentina», «La incógnita de Indoamérica», Victor García.
- «Programme et Réalisations Communautaires dans le Canavese». — Documenti. — Cahier n° 12. (Centro di Sociologia della Cooperazione). — Ivrea (Italia).
- «Pensée et Action», número 7 (dedicado a Manuel Deval-dés), París - Bruxelles.
- «Accusés hors série», Henry Torrès. — Ed. Gallimard.
- «Marx y el anarquismo», Rudolf Rocker.
- «Aspectos de la América actual», Pedro Vallina.
- «La nouvelle classe dirigeante», Milovan Djilas. — Ed. Plon.



Si somos anarquistas, es a la manera de nuestros predecesores que osaron proyectar en la pantalla del porvenir imaginaciones en contradicción con su época. Somos, en efecto, los descendientes y los continuadores de esos hombres que, dotados de percepción y sensibilidad más viva que sus contemporáneos, presintieron la aurora aunque estamos sumergidos en las tinieblas. Somos los herederos de esos hombres que, viviendo en una época de ignorancia, de miseria, de opresión, de fealdad, de hipocresía, de iniquidad y de odio, entrevieron una sociedad de saber, de bienestar, de libertad, de belleza, de sinceridad, de justicia y de fraternidad; y que con todas esas energías laboraron para la edificación de esta sociedad maravillosa.

Si los privilegiados, los ahitos y toda la pandilla de mercenarios y de esclavos interesados en la conservación y defensa del régimen, del cual son o creen ser los aprovechadores, dejan desdeñosamente caer el epíteto despectivo de utopistas, soñadores, espíritus extravagantes, sobre los animosos artesanos y los clarividentes constructores de un porvenir mejor, allá ellos. Están en la lógica de las cosas.

Hay que reconocer, por otra parte, que sin estos soñadores, cuya herencia hacemos fructificar; sin estos constructores «quiméricos» y esas imaginaciones «enfermizas», en todas las épocas se ha calificado así a los innovadores y sus discípulos, estaríamos todavía en las edades del tiempo desaparecidas de las cuales sentimos pena al pensar que hayan existido, ¡tan ignorante, salvaje y miserable era el hombre en ellas!

¿Utopistas, porque deseamos que la evolución, siguiendo su curso, nos aleje cada vez más de la esclavitud moderna: el salariado, y haga del productor de todas las riquezas un sér libre, dichoso y fraternal?

¿Soñadores, porque prevemos y anunciamos la desaparición del Estado, cuya función es explotar el trabajo y avasallar el pensamiento, ahogar el espíritu de revuelta, paralizar el progreso, quebrantar las iniciativas, poner un dique a los impulsos hacia lo mejor, de perseguir a los sinceros, engordar a los intrigantes, robar a los contribuyentes, mantener a los parásitos, favorecer la mentira y la intriga, estimular las funestas rivalidades y, cuando siente su poder amenazado, lanzar sobre los campos de carnicería todo lo que el pueblo posee de más sano, más vigoroso, más hermoso?

¿Espíritus quiméricos, imaginaciones extravagantes, semilocos, porque, comprobando las transformaciones lentas, demasiado lentas para nuestro deseo, pero innegables, que impulsaron las sociedades humanas hacia nuevas estructuras, edificadas sobre bases renovadas, consagramos nuestras energías a debilitar, para finalmente destruir, la estructura de la sociedad capitalista y autoritaria.

Ponemos en guardia a los espíritus informados y atentos de nuestra época, de acusar seriamente de desequilibrio a los hombres que proyectan y preparan todas las transformaciones sociales.

Insensatos, por el contrario, y no a medias, sino totalmente, quienes se imaginan vallar la ruta a las generaciones contemporáneas que avanzan hacia la revolución social, como el río se dirige hacia el océano; puede ser que, con la ayuda de poderosos diques y hábiles desvíos, estos



dementes moderen más o menos el curso del río, pero es fatal que éste, tarde o temprano, se precipite al mar.

¡No! los anarquistas no son utopistas, ni soñadores, ni locos y lo prueba el hecho de que en todas partes los gobiernos los acosan y los arrojan en la prisión, con el fin de impedir que la palabra de la verdad vaya libremente al oído de los desheredados; pues si la enseñanza libertaria expresase la «demencia» o la «quimera», les sería muy fácil poner de manifiesto la sinrazón y absurdo de los gobiernos.



Algunos pretenden que los anarquistas son brutos, ignorantes.

Es cierto que no todos los libertarios poseen la vasta cultura ni la superior inteligencia de los Proudhon, de los Warren, de los Bakunin, de los Reclus, de los Kropotkin, de los Nettlau...

Es exacto que muchos anarquistas, heridos por el pecado original de los tiempos modernos: la pobreza, debieron desde la edad de doce años abandonar la escuela y trabajar para vivir; pero sólo el hecho de haberse elevado hasta la concepción anarquista denota una viva comprensión y manifiesta un esfuerzo intelectual del que sería incapaz un bruto:

El anarquista lee, estudia, medita, se instruye cada día.

Experimenta la necesidad de ensanchar sin cesar el círculo de sus conocimientos, de enriquecer constantemente su documentación. Se interesa por las cosas serias; se apasiona por la belleza que le atrae, por la ciencia que se deduce, por la filosofía de la cual está sediento. Su esfuerzo hacia una cultura más profunda y más vasta no se detiene. Cree que nunca sabe bastante. Cuanto más aprende, más se complace en educarse.

Por instinto se da cuenta que, si quiere alumbrar a los otros, es menester, ante todo, hacer provisión de luz.

Todo anarquista es un propagandista; sufriría si callara las convicciones que le animan, y su mayor alegría consiste en ejercer a su alrededor, en cualquier circunstancia, el apostolado de sus ideas. Estima que ha perdido su día si nada aprendió o enseñó, y lleva tan alto el amor a su ideal que observa, compara, reflexiona, estudia siempre, ya para acercarse a este ideal y ser digno de él, ya para ponerse en condiciones de exponerlo y hacerlo amar.

Y este hombre ¿sería un hombre grosero?

Y un individuo de tal naturaleza ¿sería de una crasa ignorancia?

¡Mentira! ¡Calumnia!



Es opinión extendida que los anarquistas son rencorosos, violentos. Si y no.

Los anarquistas tienen odios; éstos son vivaces, múltiples; pero

*En el próximo número empezará a publicarse en CENIT, como folletón encuadernable:*

## “ORIENTACION ANARQUISTA”

DE

### JEAN GRAVE

*La figura del fundador y director, durante muchos años, de la gloriosa publicación anarquista «LES TEMPS NOUVEAUX», cuya actividad llena cincuenta años de vida y de prédica libertaria en Francia, se hará familiar a las nuevas generaciones a través de la lectura de este librito, conciso como dimensión, grande y denso como exposición ideológica,*

## “ORIENTACION ANARQUISTA”

*es de permanente actualidad. La argumentación maciza y lógica de este gran polemista que fué Grave, continúa siendo hoy irrefutable.*

*Compañeros: Leed «ORIENTACION ANARQUISTA». Hacedla conocer a vuestros amigos. Saturad vuestro pensamiento, enriqueced vuestra cultura, leyendo esta serie de pequeñas obras maestras que Ediciones «CENIT» pone al alcance de todos.*



sus odios son la consecuencia lógica, necesaria, fatal de sus amores. Odian a la servidumbre, porque aman la independencia; detestan el trabajo explotado, porque aman el trabajo libre; combaten enérgicamente la mentira, porque defienden ardientemente la verdad; execran la iniquidad porque tienen el culto de la justicia; odian la guerra, porque luchan apasionadamente por la paz.

Podríamos prolongar esta enumeración y mostrar que todos los odios que llenan el corazón de los anarquistas tienen por causa el inquebrantable apego a sus convicciones, que estos odios son legítimos y fecundos, virtuosos y sagrados.

No somos rencorosos por naturaleza. Somos, por el contrario, de corazón afectuoso y sensible, de temperamento accesible a la amistad, al amor, a la solidaridad, a todo aquello que acerque a los individuos.

No podría ser de otro modo, ya que lo más caro de nuestros sueños y nuestro fin, es suprimir entre los hombres todo lo que se levanta para originar lucha de los unos contra los otros: Propiedad, Gobierno, Iglesia, Militarismo, Policía, Magistratura.

Nuestro corazón sangra y nuestra conciencia se rebela ante el contraste de la miseria y la opulencia. Nuestros nervios vibran y nuestro cerebro se subleva a la sola evocación de las torturas que sufren los hombres y las mujeres que en todos los países, y por millones, agonizan en las prisiones y los ergástulos. Nuestra sensibilidad se estremece y todo nuestro ser llénase de indignación y de piedad al pensar en las masacres, salvajadas y atrocidades que, con la sangre de los combatientes, empapan los campos de batalla.

Los rencorosos son los ricos, que cierran los ojos al cuadro de la indigencia que los rodea, que a sangre fría ordenan la carnicería; son los execrables aprovechadores que amasan fortunas con sangre y lodo; son los perros de policía, que hunden sus colmillos en la carne de los pobres; son los magistrados, que sin pestañear condenan, en nombre de la ley y de la sociedad, a los infortunados, sabiendo que son víctimas de ésta ley y de ésta sociedad.

En cuanto a la acusación de violencia, con la cual se pretende aplastarnos, basta, para hacer justicia, abrir los ojos y comprobar que en el mundo actual, así como en los siglos pasados, la violencia gobierna, domina, tritura y asesina.

La violencia es la regla, hipócritamente organizada y sistematizada. Se afirma todos los días bajo todas las formas y apariencias: recaudador, propietario, patrón, gendarme, carcelero, verdugo, oficial militar, todos profesionales — bajo múltiples formas — de la Violencia, de la Fuerza, de la Brutalidad.

Los anarquistas quieren establecer la armonía libre, la ayuda fraterna, el acuerdo armonioso. Pero saben — por razonamiento, por la historia, por la experiencia — que sólo podrán educar su voluntad de bienestar y de libertad para todos sobre las ruinas de las instituciones de violencia establecidas. Tienen conciencia de que solamente una revolución violenta se hará dueña de la resistencia de los amos y sus merenarios. La violencia se transforma así, para los anarquistas, en una



fatalidad; la sufren, pero la consideran solo como una reacción hecha necesaria por el estado permanente de legítima defensa, en la que en todo momento se encuentran los desheredados.

## LO QUE QUEREMOS

Antes de seguir adelante, advierto e informo a los que se enteren de esta exposición, que el anarquismo no es una de esas doctrinas que emparedan el pensamiento y excomulgan brutalmente a cualquiera que no se someta a ellas en todo y para todo.

El anarquista es, por temperamento y por definición, refractario a todo reclutamiento que trace al espíritu límites y restrinja la vida.

No hay, no puede haber ni credo ni catecismo libertario.

Lo que existe y que se puede denominar la doctrina anarquista, es un conjunto de principios generales, de concepciones fundamentales y de aplicaciones prácticas sobre las cuales se ha establecido el acuerdo entre individuos que piensan como enemigos de la Autoridad y luchan, aislados o colectivamente, contra todas las disciplinas y trabas políticas, económicas, intelectuales y morales que derivan de ella.

Puede haber, pues, variedades de anarquistas; pero todas tienen un rasgo común que las une, al mismo tiempo que las separa de todas las otras variedades humanas.

Este punto común, es la negación del principio de autoridad en la organización social y el odio a todas las trabas que tienen origen en las instituciones basadas sobre este principio.

Entonces, pues, cualquiera que niegue la autoridad y la combata, es anarquista. Se conoce poco la concepción libertaria. Es menester precisar y desarrollar un poco lo que precede.

Comienzo.

En las sociedades contemporáneas, llamadas equivocadamente civilizadas, la Autoridad reviste tres formas principales que engendran tres grupos de obligaciones:

- 1.—La forma «política»: el Estado.
- 2.—La forma «económica»: la Propiedad.
- 3.—La forma «moral»: la Religión.

La primera, el Estado, dispone soberanamente de las «personas»; la segunda, la Propiedad, reina despóticamente sobre los «objetos»; la tercera, la Religión, pesa sobre las «conciencias» y tiraniza las «voluntades».

«El Estado» toma al hombre en la cuna; lo matricula en los registros del estado civil; lo aprisiona en la familia, si la tiene; lo entrega a la asistencia pública si es abandonado por los suyos; lo atrapa en la red de las leyes, reglamentos, defensas y obligaciones, lo convierte en sujeto, en contribuyente, en soldado, a veces, en un preso o en un forzado; en fin, en casos de guerra, en un asesino o en un asesinado.

## INDICE

El sindicalismo .....	3
El problema de la población .....	15
La crisis económica y el paro forzoso .....	32
Hacia la dicha .....	51
Los anarquistas .....	64



La «Propiedad» reina sobre los objetos; suelo, subsuelo, medios de producción, de transporte, de cambio: todos los valores de destino común hánse, paulatinamente, convertido, por la rapiña, la conquista, el latrocinio, el dolo, la astucia o la explotación, en la cosa de una minoría. Es la autoridad sobre las cosas; es, para el propietario, el derecho de usar y abusar («jus utendi et abutendi»), y para el no propietario, la obligación, si quiere vivir, de trabajar por cuenta y provecho de quien lo ha robado todo: el propietario. («La propiedad es un robo», ha dicho Prodhon). La Ley establecida por los expoliadores y apoyada sobre un mecanismo de violencia extremadamente poderoso, consagra y conserva la riqueza de los unos y la indigencia de los otros. La autoridad sobre los objetos — la propiedad — es hasta tal punto criminal e intangible, donde es impulsada hasta los límites extremos de su desarrollo, que los ricos pueden a su gusto e impunemente reventar de indigestión, mientras que faltos de trabajo, los pobres mueren de hambre. («La riqueza de los unos está amasada con la miseria de los otros», dice el economista liberal J. B. Say).

«La religión» — tomo este término en su sentido más extendido y lo aplico a todo lo que es dogma — es la tercera forma de la autoridad. Pesa sobre el espíritu y la voluntad; entenebrece el pensamiento, desconcierta el juicio y la voluntad, arruina la razón, avasalla la conciencia. Toda la parte intelectual y moral es esclava de ella. El Dogma — religioso o laico — resuelve desde lo alto; decreta brutalmente, aprueba o condena; ordena o prohíbe sin apelación: «¡Dios lo quiere!» ¡La patria lo exige! ¡El derecho lo prescribe!» Prolongándose en el dominio temporal, la Religión enseña e impone una moral en perfecto acuerdo con la moral codificada, guardiana y protectora de la propiedad y del Estado; haciéndose así su cómplice y convirtiéndose en lo que en ciertos medios, impregnados de superstición, de chauvinismo, de legalismos y de autoridad, se denomina con buena voluntad: «la gendarmería suplementaria».

No pretendo, de ninguna manera, agotar aquí la enumeración de todas las formas de la autoridad y de la obligación; señalo las esenciales y para que se encaren con facilidad, las clasifico. Esto es todo.

✻ ✻

Negadores y adversarios implacables del principio de autoridad, que, en el plano social, representan un puñado de privilegiados de todo el poder y pone al servicio de este puñado la Ley y la Fuerza, los anarquistas libran un combate contra todas las instituciones que proceden de este principio, e invocan para participar en esta necesaria batalla a la masa prodigiosamente numerosa, a la que estas instituciones aplasta, proporciona hambre, envilece y mata.

Queremos anonadar al Estado, suprimir la propiedad y eliminar de la vida la impostura religiosa a fin de que, desembarazados de las cadenas cuyo peso aplastante paraliza su marcha, todos los hombres pue-



dan por fin — sin Dios ni Amo y en independencia de sus movimientos — dirigirse, con paso acelerado y seguro, hacia los destinos del Bien-estar y de la Libertad que convertirá al infierno terrestre en una estadia de felicidad.

Tenemos la inquebrantable certeza que cuando el Estado, que nutre todas las ambiciones y rivalidades; cuando la propiedad, que fomenta la concupiscencia y el odio; cuando la religión, que mantiene la ignorancia y suscita la hipocresía, se derrumben los vicios que estas tres autoridades fusionadas lanzan en el corazón de los hombres desaparecerán a su turno.

«Muerto el perro se acabó la rabia».

Entonces nadie querrá mandar, puesto que, por una parte, nadie consentirá en obedecer, y por otra, toda la veleidad de opresión habrá sido quebrantada; nadie podrá enriquecerse a expensas de otro puesto que la fortuna particular habrá sido abolida; sacerdotes mentirosos y moralistas tartufos, perderán todo ascendiente, puesto que la naturaleza y la verdad habrán recobrado sus derechos.

Tal es, a grandes rasgos, la doctrina libertaria. He aquí lo que quieren los anarquistas.



La tesis anarquista impone, en la práctica, algunas consecuencias que es preciso señalar.

Una rápida exposición de estos corolarios bastarán para situar a los anarquistas frente a todas las otras tesis y también para precisar los rasgos por los cuales nos diferenciamos de todas las otras escuelas filosófico-sociales.

### PRIMERA CONSECUENCIA

El que niega y combate la autoridad moral: la Religión, sin negar y combatir las otras dos, no es un verdadero anarquista, y si se me permite decirlo, un anarquista «integral», puesto que siendo enemigo de la autoridad moral y de las obligaciones que ella implica, queda partidario de la autoridad política: el Estado, y de la autoridad económica: la Propiedad.

Igual pasa, y con el mismo motivo, con aquel que niega y combate la Propiedad, admitiendo y sosteniendo la legitimidad y la beneficencia del Estado y la Religión.

Y ocurre también lo mismo con aquel que niega y combate el Estado admitiendo y sosteniendo la Religión y la Propiedad.

El anarquista integral hace frente con la misma convicción y ataca con igual ardor todas las formas y manifestaciones de la Autoridad y se yegue con igual vigor contra todas las obligaciones que comportan ésta o aquéllas.

bremos de negar nuestro concurso en todos los casos; es decir, negamos firmemente a hacer el servicio militar, no pagar impuestos, desobedecer por principio, resistir hasta el extremo límite a todo cuanto la autoridad impusiera y rehusar el desempeño de cargos de mando.

Si no pudiéramos abatir al capitalismo, se deberá exigir para nosotros, y para todos los que quisieran, el derecho al uso gratuito de los medios de producción necesarios para permitir una vida independiente.

Los anarquistas tendremos el deber imprescindible de aconsejar en los momentos que nuestros consejos puedan aportar alguna utilidad; enseñar cuanto sepamos más que los demás; dar el ejemplo de la vida regida por libres acuerdos; de defender, por la fuerza si a ello nos forzaran, nuestra autonomía contra toda empresa gubernamental, pero en ninguno de los casos imponernos a mandar. Así, sin establecer la anarquía, porque ella no puede instaurarse contra la voluntad de las gentes, la habremos sólidamente preparado.

FIN



los anarquistas o ser instrumentos de la reacción, optaron con su indiferencia y oposición por hacer el juego a éstos últimos.

Por otra parte ya sabemos la labor que han realizado en los países donde han logrado ser dueños del poder. Pero si cuándo menos tuviéramos la fuerza material que se necesita para destruir todo lo que simboliza opresión, nuestra marcha sería más fácil, porque de la masa sólo queremos practique lo que desea y es capaz de disfrutar, limitándose nuestra labor a hacer lo que podamos por desarrollar la capacidad y la voluntad.

Sin embargo, a pesar que hagamos vida común con ella, hemos de guardarnos muy mucho de volvernos menos anarquistas porque la masa es incapaz de vivir la anarquía. Si quiere la formación de un nuevo gobierno, no podremos probablemente evitarlo, pero no obstante todo lo pondremos en juego para demostrar que no existen gobiernos nuevos, que todos son viejos, inútiles y peligrosos, para impedir al mismo tiempo que el gobierno se impusiera a nosotros y a cuantos no admitieran imposiciones. Los anarquistas deberíamos obrar en el sentido de que la vida social y especialmente la vida económica, continuará mejorándose sin la intromisión del gobierno, y por esta causa interesa sobremanera prepararnos lo mejor posible en los problemas prácticos de la revolución y de la distribución, no olvidando que los más aptos para organizar el trabajo son quienes a él se dedican, cada uno en su respectivo oficio.

Debemos interesarnos por ser fuerzas activas y a ser posible preponderantes en el acto insurreccional. Pero abatidas las fuerzas represivas que sirven para mantener al pueblo en la esclavitud, una vez el ejército, la policía, la magistratura disueltas, y la población por completo armada para en caso necesario oponerse a todo retorno ofensivo de las fuerzas reaccionarias, puesta la organización de la cosa pública en manos de los hombres de buena voluntad, que subvendrían con recto espíritu de justicia las necesidades más urgentes, utilizando parsimoniosamente las riquezas acumuladas en las diferentes localidades, nos habremos de dedicar a evitar el despilfarro, a que fuesen respetadas y utilizadas las instituciones, las costumbres, los sistemas de producción, de cambio, de asistencia, que constituyen, aunque de forma insuficiente y defectuosa, funciones necesarias; luchando naturalmente por hacer desaparecer todo vestigio de privilegios, evitando destruir lo que no pudiéramos reemplazar por otra cosa que respondiera mejor al sentir y al bien general.

Habremos de impulsar con todas nuestras fuerzas a los obreros hacia la toma y posesión de las fábricas y de la organización de federaciones que trabajen por cuenta de la colectividad, y orientar a los campesinos en el mismo sentido; toma y posesión de las tierras y de los productos usurpados por los propietarios (burgueses y entente armónica con los obreros de la industria, etc.) para los intercambios necesarios. Si nos fuera imposible evitar la constitución de otro gobierno; si nos viéramos imposibilitados de destruirle inmediatamente, le ha-

Pues de hecho y de derecho, el anarquismo es antirreligioso, anticapitalista (el capitalismo es la base históricamente contemporánea de la propiedad) y antiestatista. Afronta el triple combate contra la autoridad. No ahorra sus golpes ni al Estado, ni a la Propiedad, ni a la Religión. *Quiere suprimir a las tres juntas.*

## SEGUNDA CONSECUENCIA

Los anarquistas no creen en la eficacia de un simple cambio en el personal que ejerce la Autoridad. Considera que los gobernantes y los poseedores, los sacerdotes y los moralistas son hombres como los demás, que no son por naturaleza ni peores ni mejores que el común de los mortales, y que si encarcelan, si matan, si viven del trabajo ajeno, si mienten, si enseñan una moral falsa y convencional, es porque están funcionalmente en la necesidad de oprimir, de explotar y de mentir.

En la tragedia que se representa es el fin del gobierno, *cualquiera que sea*, hacer la guerra, recaudar los impuestos, golpear a los infractores de la ley y masacrar a los que se rebelan; es el fin del capitalismo, *cualquiera que sea*, explotar el trabajo y vivir como parásito; es el fin del sacerdote y del profesor de moral, *cualquiera que sea*, ahogar el pensamiento, oscurecer la conciencia y encadenar la voluntad.

He aquí por qué combatimos a los titiriteros, cualesquiera que sean, de los partidos; porque su único esfuerzo tiende a persuadir a las masas, cuyos sufragios mendigan, de que todo marcha de mal en peor porque ellos no gobiernan y que todo marcharía bien si ellos gobernarán.

## TERCERA CONSECUENCIA

Se deduce de lo dicho que, siempre lógicos, somos adversarios de la autoridad que se EJERCE con la misma razón y en el mismo grado que de la autoridad que se SUFRE.

No querer obedecer, pero querer mandar, no es ser anarquista. No permitir la explotación de su trabajo pero consentir explotar al ajeno, no es ser anarquista.

El libertario rehusa dar órdenes así como recibirlas. Experimenta por la condición de jefe tanta repugnancia como por la de subalterno. No da su consentimiento para constreñir o explotar a los otros ni para para ser él mismo explotado u obligado. Igualmente declaramos que, en último análisis concedemos a los que se resignan a la sumisión circunstancias atenuantes que rehusamos formalmente a quienes consienten mandar; pues los primeros se encuentran a veces en la necesidad — es para ellos en ciertos casos cuestión de vida o muerte — de renunciar a la rebeldía, mientras que nadie es obligado a mandar, a ejercer función de jefe o de amo.

Aquí se pone de manifiesto la profunda oposición, la distancia infranqueable que separa a las agrupaciones anarquistas de todos los



partidos políticos que se dicen revolucionarios o pasan por tales. Pues del primero al último, del más blanco al más rojo, todos los partidos luchan por desplazar del poder al partido que lo ejerce y convertirse en amos, en su lugar.

#### CUARTA CONSECUENCIA

No queremos solamente abolir todas las formas de Autoridad, queremos destruirlas todas *simultáneamente*, y proclamamos que esto es indispensable.

¿Por qué?

Porque todas las formas de la Autoridad se parecen; están indisolublemente ligadas las unas a las otras. Son cómplices y solidarias. Dejar subsistir una sola es favorecer la resurrección de todas. ¡Maldición a las generaciones que no tengan el valor de ir hasta la total extirpación del germen morbosos del foco de infección!

La guerra está declarada entre los dos principios que se disputan el imperio del mundo: Autoridad o Libertad. El democratismos sueña con una conciliación imposible; la experiencia ha demostrado el absurdo de una asociación entre estos dos principios que se excluyen.

Es menester elegir.

Únicamente los anarquistas se pronuncian en favor de la Libertad.

Tienen en contra el mundo entero.

¡No importa! Vencerán. Diremos pronto por qué y cómo.

#### NUESTRA REVOLUCION

Leed esta declaración, en cuatro líneas, que se publica todos los días en la cabecera de un diario anarquista:

*«Los anarquistas quieren instaurar un medio social que asegure a cada individuo el máximo de bienestar y de libertad adecuado a cada época.»*

Impregnad bien vuestro cerebro con esta declaración; pensad sucesivamente y sin apresuraros cada término; seguid el encadenamiento riguroso del pensamiento expresado y comprenderéis todo aquel programa libertario.

Hace ya treinta años (1894) que escribí estas líneas.

Esto es una de esas frases de efecto que, observadas de cerca, no significan nada o bien expresan una tontería. Si con ello preténdese decir que la revolución querida por los anarquistas debe ser anarquista, se forja un verdadera tautología, es decir un círculo de palabras que nada explican; como si dijéramos: el papel blanco debe ser blanco.

Y si se pretende manifestar que no puede existir otra revolución que la anárquica, se cometerá al decirlo una tontería porque han existido, y seguramente seguirán produciéndose en la vida de las sociedades humanas, movimientos que transformarán por completo las condiciones actuales, dando una nueva orientación a la historia y que, por consecuencia, merecen el nombre de revolución. No puedo en manera alguna admitir que todas las revoluciones pasadas hayan sido completamente inútiles ni que las revoluciones futuras no anarquistas, lo sean también. Yo me inclino más bien a creer que el triunfo completo de la anarquía será resultado de la evolución y no del fruto de una revolución violenta y que se instaurará gradualmente, después de que una o varias revoluciones precedentes destruyan los obstáculos morales y económicos que se oponen al desarrollo moral de los pueblos, el aumento de la producción, el nivel de las necesidades y de los deseos individuales y colectivos a la armonía de los intereses opuestos.

No importa cómo, si tenemos en cuenta las pocas fuerzas con que contamos, las disposiciones dominantes en las masas y no tomamos nuestros deseos por realidades, no debe sorprendernos que la próxima y quizá inminente revolución no sea anárquica y al tener esta visión real del panorama social comprenderemos que lo más urgente es pensar en lo que podemos y debemos los anarquistas hacer en una revolución donde seremos una minoría relativamente pequeña y mal armada.



Hay camaradas que, sugestionados por las jactancias de los socialistas y por las ilusiones a que dió origen la revolución rusa, creen que la labor de los autoritarios es más realizable que la nuestra, por tener éstos un plan: apoderarse del Poder e imponer su sistema por la fuerza.

Se equivocan. El deseo de conseguir el poder es el norte que hace mover y accionar sin duda a socialistas y comunistas y las circunstancias pueden de tal modo favorecer sus codiciosos proyectos, que no sería raro lograran el fin que persiguen.

Pero los más inteligentes de entre ellos saben que, subidos al poder, podrán tiranizar al pueblo, someterlo a experiencias caprichosas y peligrosas; que les será posible sustituir a la burguesía actual por otra nueva clase privilegiada, pero no instaurar el socialismo, ni aplicar el plan. Lo que les interesa es ser ellos quienes manden. ¿Cómo es posible destruir una sociedad milenaria y fundar otra nueva mediante decretos elaborados por un ínfimo número de individuos que se encargarían de hacerlos respetar por la fuerza? Sería la continuación de lo que se había pretendido destruir con todos sus defectos. Y esta es la razón que honradamente expongo (de las otras menos confesables no quiero ocuparme) la sola razón por la cual en Italia, socialistas y comunistas negáronse a prestar su concurso a la revolución y no contentos con esta ayudaron a hacerla fracasar. Ellos sentían que serían impotentes para dominar la situación y ante el dilema de dejar el campo libre a



## Encuesta internacional de «CENIT»

### JULES VIGNES, UN VETERANO DEL ANARQUISMO



UY joven empezó su actuación el compañero Vignes, quien, como buen francés del Mediodía — nació en Toulouse — tiene un temperamento efusivo, locuaz y optimista. Pronto llevará ya sobre sus espaldas tres cuartos de siglo. Cuenta que a la edad de diecisiete años, presidió, en Moulins, una conferencia dada por Luisa Michel. «Por cierto — dice, conservando el grato recuerdo lejano — que «la buena Luisa», como la llamaban por todas partes, me dió un abrazo al final del acto».

Jules Vignes es uno de esos compañeros que han tomado las ideas en serio, y que, hasta el fin de sus días, procuran hacer algo por el ideal. Ha escrito en distintas publicaciones libertarias; ha perorado en actos de propaganda: mítines y conferencias; y ha tenido cargos en tanto que secretario, en distintos sindicatos. Es de los que considera, y por ello está identificado con las mayoría de los libertarios españoles, que el anarquismo ha de penetrar en el seno de la masa obrera por medio de la actuación de los anarquistas en los sindicatos. Ha desarrollado actividad anarcosindical en diversas localidades, particularmente en: Moulins, Montluçon, Châlons-sur-Saône, París, Lyon y Saint-Genis Laval.

Ha fundado y dirigido publicaciones de orientación anarquista como: «La Torche», «La Feuille», «Le Vieux Travailleur», y actualmente «Le Travailleur Libertaire».

Es uno de estos compañeros que, por su actividad, por sus años de lucha, por las muchas relaciones que han tenido, es de lamentar que no escriban sus «Memorias», ya que podrían con ello dar a conocer un cúmulo de pormenores sumamente interesantes, particularmente para los libertarios.

Véanse sus opiniones al respecto de lo que se le ha preguntado.

—¿Cuál ha sido la etapa más floreciente del anarquismo en Francia?

—El periodo más fecundo para el anarquismo abarca del 1900 al 1914. Se desarrollaba una labor más intensa que ahora. Los elementos libertarios tenían más interés en la propaganda.

—¿Cuáles han sido los elementos cuya influencia, por su actividad, ha resultado más destacada?

—Se puede mencionar a Juan Grave, pese a que estoy en desacuerdo con alguna de las posiciones que adoptó, se ha de reconocer que llevó a efecto una labor magnífica. Escribió libros que fueron muy comentados, singularmente el titulado: «La sociedad moribunda y la anarquía». Digna de encomio fué también la prolongada labor que llevó a cabo por medio del periódico «Temps Nouveaux», y las ediciones de folletos. Eliseo Reclus tuvo una influencia considerable en el anarquismo; en primer lugar por la ejemplaridad de su vida, luego por tratarse de un sabio reconocido interna-

cionalmente. Importante también la influencia de Pierre Martin, que fué director de «Le Libertaire». Cabe mencionar igualmente a Ernest Giraud, un excelente orador que había perorado muchas veces en compañía de Luisa Michel. Harto conocida es también la notable influencia que ha tenido Sebastién Faure en el movimiento libertario.

—¿Qué factores consideras que han contribuido a disgregar el movimiento anarquista francés?

—De una parte: el desbarajuste, la confusión creada por la actitud tomada, a raíz de la guerra del 1914, propiciando la intervención, por elementos tan destacados como lo eran, en Francia, Juan Grave y Carlos Malato, quienes, en compañía de los demás integrantes del famoso «Manifiesto de los dieciséis», aducían, para justificar su actitud, la barbarie alemana, el espíritu impositivo del Estado teutón, el imperialismo del Kayser, etc. Caían en manifiesta aberración al no considerar que la influencia estatal nada tenía que ver con el espíritu del pueblo.

Ha ocurrido también que algunos individuos perdieron la fe en las ideas. Cabe mencionar el hecho de crearse capillitas. Ese espíritu de capillita del que busca exhibirse y obrar a su talante, sin contar con los demás. El dar a luz una publicación, aunque viva de precario. Estimo que aglutinando todas las publicaciones en una sola habría tendencia a unificar la acción libertaria y se haría una excelente propaganda.

—¿Cuáles fueron los elementos que más se esforzaron en dar impulso anarquista al movimiento obrerista o sindical?

—Ivetot, Griffuelhes, Grandidier, Delesalle, y Pelloutier. En periodo durante el que bastantes anarquistas franceses se inhibían de toda acción sindical, los citados compañeros, entre otros, aducían que había que actuar en los medios obreros. Eran ellos lo que tenían razón sobrada contra los que permanecían en su torre de marfil. Creo que no es la actitud inhibitoria la que se debe adoptar: Hay que actuar en el seno del pueblo trabajador. Y el error de una mayoría de compañeros del movimiento anarquista francés estriba en no haberlo comprendido así.

—¿Cuál fué la repercusión de la Revolución rusa en el ambiente libertario francés?

—De momento gozó de una acusada simpatía entre los anarquistas franceses. Había una manifiesta confusión, hasta que, poco a poco, se aclararon las cosas y se vió claramente los derroteros dictatoriales que tomaba. Hubo algunos que, habiéndose llamado libertarios, se dejaron suggestionar por la acción comunista. Los más conocidos: Giraud, Berthet, Totti. En el fondo eran elementos de propensión autoritaria, lo que determinó en ellos el inclinarse al comunismo. También los hubo que no pudiendo medrar en nuestros medios, como



era su deseo, vieron de poderlo conseguir pasándose a los comunistas.

—¿No crees que el anarquismo de ambiente francés, en nuestros días se halla un tanto estacionado?

—Hay una causa, de tipo moral, que tal vez provenga del temperamento. Por ejemplo: Veo en los anarquistas españoles un espíritu de sacrificio que ya no se nota, en la proporción debida, entre los libertarios franceses. No obstante, creo que el hecho de haber afluencia de compañeros españoles en Francia, ayuda a mantener la moral libertaria entre los franceses. También hemos de reconocer, en lo que se refiere al ambiente francés, que nos falta juventud, cosa que, indudablemente, se deja sentir.

—¿Ha tenido en Francia acusada influencia el anarquismo individualista?

—En efecto, ha habido una notable influencia. Personalmente no comparto todos sus aspectos doctrinales, mas se ha de reconocer que, entre los individualistas, los ha habido que han tenido mucha constancia en la acción proselitista. Estimo que el individualismo resulta solamente apropiado para núcleos reducidos. En el aspecto general, y en lo relativo al factor económico, me inclino hacia el comunismo libertario. No obstante, creo que no debemos desestimar la acción demoledora de prejuicios llevada a cabo por el anarquismo individualista. Ha habido anarquistas individualistas con inteligencia y voluntad para la propaganda como: Albin, Pierre Chardon, y sobre todo, Armand, quién, pese a su edad avanzada, no ha dejado de exponer ideas.

No creo que el movimiento anarquista individualista haya perjudicado al comunista libertario. Los individualistas lo son más bien por temperamento: Prefieren más el aislarse entre afines que la acción al lado de las masas.

—¿Qué resultado se obtuvo al respecto de la «síntesis anarquista», propiciada por Sebastián Faure?

—No dió el resultado que hubiera sido apetecible. Sebastián Faure intentó crear un terreno de concordancia entre el anarquismo individualista, el comunismo libertario, y el anarco-sindicalismo. El proyecto no tuvo éxito y las cosas han quedado como antes.

—¿Consideras que existe una acusada diferencia entre la psicología del anarquismo de fines del siglo pasado y el de nuestros días?

—Indudablemente, hay una influencia ambiental. La vida de fines de siglo no era como la de ahora. De ahí que, aun siendo, en el fondo, las mismas ideas, la propaganda anarquista debe de tener en cuenta las condiciones psicológicas de nuestros días.

—¿Qué influencia tuvo la acción revolucionaria del 1936 en España en lo que concierne al ambiente libertario francés?

—La influencia ha sido de trascendencia puesto que, incluso los propios anarquistas, habituados tan sólo a la mera teoría, con el ejemplo de la revolución española del 36, han podido percatarse de que existen posibilidades de encarnar en hechos evidentes lo considerado muchas veces en plan de utopía. Con las colectivizaciones, con la socialización, etc.,

se ha probado que se podía ir mucho más allá de las ideas abstractas, dimanando de los teóricos.

—¿Cuáles son las causas que determinan, en Francia, por parte de las masas, una acusada indiferencia al respecto del sentir libertario?

—Ello obedece a que las ideas anarquistas no son de un efecto inmediato. La sociedad actual, hace que prepondere un espíritu de frivolidad y de apetencias materiales de orden inmediato. Están también aquellos que se muestran escépticos, aduciendo que no somos perfectos. Se trata de elementos que no tienen un espíritu de lucha y se acomodan fácilmente a la inactividad y al dejar hacer, dejar pasar.

—¿Ha habido influencia de intelectuales, particularmente de escritores, en el ambiente libertario francés?

—Sí, han habido escritores que han simpatizado mucho con nosotros, colaborando en nuestras cosas. Tenemos, entre ellos, a Octave Mirbeau, Laurent-Tailhade, Laisant, y otros muchos que ahora no recuerdo.

—¿Estimas que el anarquismo es poco conocido en Francia?

—Después de la guerra del 1914, que ha producido por así decir, una situación de calma, nos encontramos que, en nuestros días, el anarquismo es menos conocido que hace cincuenta años. A mi juicio, hace falta empezar de nuevo la propaganda con todo vigor.

Han causado mucho mal, restando fuerza a la acción de captación, ciertas desviaciones, como la propensión a la «x» propiación, y la violencia individual. Lo que se ha dado en llamar: «propagande par le fait».

—¿Qué actitud tomaron los anarquistas franceses con motivo del famoso «affaire Dreyfus»?

—Una gran parte se valieron de ello para hacer una formidable campaña antimilitarista. Por cierto que los anarquistas hemos de estar agradecidos a Emilio Zola, quien, independientemente de su posición social, y su situación, se lanzó a la lucha, argumentando como nosotros contra los militares, causando un formidable revuelo su «J'accuse». Sebastián Faure creó un periódico con este motivo: «Le Journal du Peuple», periódico diario que tuvo excelente acogida.

—¿Qué opinas con referencia a la violencia?

—Es una cuestión de ambiente y de circunstancias. Es algo muy delicado. Si se puede prescindir de ella es bueno hacerlo. Muchas veces se ha hecho empleo de la violencia ineficazmente. En otras circunstancias, ateniéndonos a que la violencia llama a la violencia, los anarquistas la han empleado porque antes se les ha hecho víctimas de ella.

—¿Qué piensas del porvenir del anarquismo, considerado en su aspecto general?

—Creo que no se ha de perder el entusiasmo, la fe. El maquinismo, el progreso en general, a la postre, considero que originará un desarrollo moral, susceptible de crear los medios para la eclosión de una sociedad nueva.

FONTAURA



## IDEAS, LINEAS Y COLORES

## MEJOR QUE UN CHORRO DE ORO NEGRO

«El Trabajo y la fiebre de crear  
infunden el sabor de la vida».

MIGUEL ANGEL.



ERAN muy pocos los que hallándose en París no sientan el deseo de ir a dar un vistazo a sus famosas exposiciones de arte, particularmente al «Musée de Louvre», al «Grand» y al «Petit Palais».

El primero es enorme, majestuoso, incomparable. Sólo el aspecto exterior del edificio con sus centenares de balcones mudos, sus estatuas solemnes, sus muros chorreando mugre gloriosa, con la amplitud de su plaza cuadrangular arropada de silencio y de palomas, impresionna de una forma particularmente inefable. Diríase que el corazón se encoge de gozo al acercarse a aquel monumento que encierra las más grandes riquezas creadas por el genio del hombre a través de las generaciones. Esas riquezas augustas que nos pertenecen a todos, que son mías, tuyas, del sabio y del iletrado, del poderoso y del humilde, del rico y del obrero, de los que murieron ayer y de los que nacerán mañana.

De ahí el que el arte, el verdadero arte (ese que se anilla como una lombriz a las raíces más puras del derecho natural) no tenga patria, ni dueño, ni partido, ni edad, ni religión. Mejor dicho Jacinto Laibaida en el prólogo a las «Obras Completas» de Victor Hugo: «El arte es cosmopolita, universal, y no se ciñe ni a los moldes de una escuela ni a los caprichos de la moda. El arte tiene matices, pero no uniformidad; es uno, pero es vario».

Por eso mismo se ven aquí ateos extasiados ante el famoso «Cristo» del Greco; pintores «vanguardistas» que quisieran hacer suyo el trazo magistral de Velázquez o de Leonardo de Vinci; japoneses arrobados ante los senos virginales de las mujeres de Murillo; holandeses que admiran las recias vistas ibéricas de Goya, y españoles que musitan encendidos elogios ante la pureza de líneas y la vitalidad de los paisajes flamencos de Rubens.

Pero aquí hay que venir con mucho tiempo de sobra y mucha hambre de sensaciones que ennoblezcan la condición humana. De lo primero andamos muy escasos; de lo segundo abundantes.

Estas grandiosas naves, en cuyos muros y techos brillan las mejores constelaciones del universo pictórico, nos incitan a poseerlas espiritualmente con la más extraña de las tentaciones. Es como una invitación, como férvido deseo de noción en el que pudiéramos hundirnos hasta el goce completo

de los más altos y nobles sentidos de nuestra sensibilidad. Quisiéramos en breve tiempo verlo todo, poseerlo todo, gozarlo todo. ¡Pobre ilusión! Como el sabio que escruta ávidamente espacios ignorados, que ve surgir nuevos planetas ante la lente incansable de la investigación científica, así nuestros ojos se pierden admirados en aquel denso mundo de ideas, líneas y colores, que si tienen principio, tampoco se le ve nunca el fin.

## LOS PINTORES QUE HABLARON CASTELLANO

El periodista no sabe por qué misteriosa llamada íntima se sentía llevado a los pies de cualquier lienzo en cuyo lateral inferior se leía sobre una plaquita de metal bruñido: «Ribera», «El Greco», «Murillo», «Romero de Torres», «Velázquez», «Goya», o cualquier otro nombre prestigioso de nuestra clásica familia pictórica. ¡Por qué estaban mezclados con los Miguel Angel, los Matisse, los Van Gogh, los Tizianos, los Tintoretos, los Rafael, etc.!

¿La voz de la sangre? ¿El tirón de la tierra? ¿El saludo de lo conocido? ¿Pero no habíamos quedado en que el arte es la expresión más cimera del orden universal? Sí, pero es que eso no es nacionalismo de calcetín, sino sentimentalismo de la más progresiva y natural cochura humana que pueda imaginarse. Amar anárquicamente el «todo» no significa desdeñar la «parte» de la que, en fin de cuentas, estamos formados cada uno de nosotros. El burdo sentimiento de patria está compuesto de otros ingredientes morales que los que empujan ahora la atención del periodista a fijar sus ojos, casi sin proponérselo, sobre las telas de los maestros que pintaron bajo los soles calientes de España y Portugal, desde que el mundo (del arte) es mundo.

Hay un autorretrato (el célebre pintor valenciano en cuya vida particular dicen que se inspiró Blasco Ibáñez para concebir su novela preciosista «La Maja desnuda») sencillamente magnífico. Es un hombre de cuerpo entero y mediano bigote negro, de ojos de caballo y sombrero de ala ancha, cuya plncta hace recordar los tipos integérrimos, afines a los de «El Caballero de la Mano en el Pecho». ¡A cuerpo grande, o gran corazón! Al menos en las pupilas de ese autorretrato brillan las más nobles cualidades de la varonilidad ibérica.

Los cuadros de Murillo (cuyas vírgenes exuberantes de pecho y de belleza excitaban nuestra precoz curiosidad de niños cuando colgaban, en litografías, de los muros albos de la alcoba paternal) están aquí también con la intensa alegría de la escuela sevillana y la audacia afligrida de sus líneas incomparables. El pincel de Murillo es el que más



ha divinizado a la mujer y el que, imperceptiblemente, ha humanizado a las vírgenes de la mitología cristiana. Revolucionó el fondo de una ética, modificando la forma en afa-  
nes de naturalidad y realismo. Ha hecho, sin duda, más labor que muchos demagogos del arte, primos hermanos de aquellos que inspiraban las truculencias de «La Traca» y «El Cencerro».

Hay un pequeño lienzo cortesano de Velázquez muy curioso. Es una de las hijas menores del rey que, en la época,

techo a una nace. Había andamios y cubos de yeso; pero todo encuelto en una tibia sábana de profundo silencio; todo el trabajo se hacía allí a la chita callando.

En una de las puertas centrales también había albañiles, andando como liliputienses afanosos, por aquellas marmóreas y enormes cornisas que reposaban sobre varias columnas a uno y otro lado de las escaleras de entrada. Una de las columnas estaba en cabestrillo. Su parte superior ofrecía unas heridas, unas grietas muy sospechosas. Los siglos no



«Pedro José Proudhon y sus hijas», de G. Courbet.

desgovernaba España. La tela está bien conservada, y la salud de la infanta también.

#### ANTE LA MOLE HISTÓRICA DEL GRAND PALAIS

Un edificio soberbio que no hay por dónde agarrarlo. Había que aprovechar la jornada que ya iba languideciendo. Pero nuestro gozo es un pozo. No era día de visita. ¡Qué lástima! Nos quedamos un rato contemplando aquel monstruo venerable (como un elefante indostánico) que tenía patas de mármol, muchos centanales, grandiosas balastradas, y unas puertas centrales por las que podría pasar, si así se lo propusiera, un expreso completo de M.Z.A.

Y estaban de reformas. En este Museo debe haber de todo. Por un centanal pudimos ver hombres con blusas blancas y barbas de chico que pintaban incerosilmente colgados del

pasan en valdè. Hay que renovarse o morir. Y esto (como el sentimiento de la libertad y de la justicia en la conciencia humana) es imperecedero.

#### ESTOS Y LOS OTROS MAESTROS

El «Petit Palais» estaba (menos mal) abierto de par en par. El diminutivo le sienta a este magnífico palacio como una chocante ironía del gramático que lo parió. De pequeño no tiene nada a no ser un chorrito de agua cristalina que cae mansamente en el estanque del jardín, y al que vienen a beber muchos gorrones que tienen la pluma de color de hierro viejo como la Torre Eiffel.

Lo primero que encontramos, después de las consiguientes cincuenta escaleras de mármol, es una sala de la escuela



pero  
ncio;

ñiles,  
óreas  
as a  
las  
ecía  
no

surrealista. ¡Con Picasso hemos topado, Pancho amigo!, le susurro al compañero.

En efecto allí están los loados «rompecabezas» del genial pintor malagueño. Hay de todas las marcas, de las más variadas facturas. De su primera época con impecable acento realista; de la época azul, la negra y verde, las líneas enloquecidas del cubismo y los tonos abracadabrantemente extraordinarios de sus retratos surrealistas que si arrancan millones de dólares a sus admiradores, también arrancan millones de dudas, de frialdad y de tedios a los visitantes que no están al corriente de los principios exotéricos en los cuales descansa hoy la filosofía del arte pictórico de mañana.

Después vienen las salas de Georges Braque, de Maristany, de Fernand Léger y creo que de Mauricio Utrillo. Los cuadros de Braque marchan de la mano con los del famoso autor de «Gernica». De un fondo impresionista primitivo aspiran, no obstante, a ir más allá en la búsqueda afanosa de nuevas formas que plasmen triunfalmente el gran descubrimiento del cubismo, del que fuera columbiano genio la paleta revolucionaria de Pablo Picasso.

Estamos ahora en una sala cuyos lienzos exhalan álitos de extraordinaria alucinación, de atormentado lirismo. Son, sin duda, de Vicente Van Gogh, el famoso pintor neerlandés, padre de la escuela expresionista. Van Gogh (como Cervantes) vivió más pobre que una rata: pobreza que sirvió para alumbrar uno de los genios más portentosos de la naturaleza. Su pincel tiembla con las más puras nerviosidades del espíritu creador, y sus trazos y sus colores reflejan las tormentas del corazón humano y las bondades del paisaje de una forma sencilla, directa, brutalmente genial. Estos cuadros parecen como una siniestra profecía de lo que tenía que llegarle al mundo (ya le está llegando) en el loco frenesí de todos los apetitos por la riqueza, el poder, el autoritarismo, la mentira, mezclados con la amenaza demoníaca de un cataclismo atómico.

### ¡FELIZ HALLAZGO!

Nuestras pisadas silenciosas y cautas como las de los ladrones, o las de los retardados a una conferencia de Soledad Gustavo, tocan ahora las baldosas, las brillantes baldosas albas de la «Sala Courbet». El periodista, que no está obligado a conocer el nombre de todos los pintores jamás a oído hablar de este eximio maestro de la pintura gala. Por eso, quizá, se había hecho el ánimo de pasar de largo. Pero el hombre propone y... el genio dispone. Había un cuadro en un lateral que tiró exigentemente nuestra atención. ¡Qué hermoso paisaje campesino! ¿Se habrá inspirado aquí Emilio Zola para escribir esas tiernas y conmovedoras páginas de tela de sus cuatro famosos evangelios: «Fecundidad» que son el mejor reflejo del amor a la tierra, a la justicia y al trabajo del pueblo rural francés?

¿Y ese desnudo que brilla allí con la extraña luz de un nuevo satélite artificial girando en torno a los más hondos deseos y a las más dulces sensaciones de nuestro psiquis? «La Maja» de Goya podía conversar de igual a igual con esta diosa de la carne y de la poesía. Parece un cuerpo en relieve, casi con vida propia, que quisiera escaparse del cuadro y venir hacia nosotros para acogernos amorosamente en sus brazos de marfil.

Ya nos íbamos cuando desde un ángulo me siento mágicamente observado, escrutado por unos ojos de sabio y de rebelde que no me dejaban marchar. ¡Qué influjo tienen ciertas miradas! ¡Pero esa cara la conozco yo! Debajo de

un gran lienzo de no sé cuantos metros de largo por no sé cuantos metros de ancho se leía en una placa mohosa:

«Pierre Joseph Proudhon et ses enfants  
de

Gustave Courbet.»

— 1865 —

¡Qué feliz hallazgo! ¿Quién lo había de decir? El corazón saltaba de gozo como el niño ante una pelota de colores. Los que buscan entre los ardientes arenales del Sahara los fabulosos yacimientos de petróleo (que es fama que son hoy como la sangre que corre por las venas de la sociedad y del progreso del mundo), no sentirán tanto júbilo al ver brotar a sus pies lo que febrilmente buscaban. Porque este cuadro de Gustavo Courbet tiene más valor humano y social, representa simbólicamente algo de mucha más importancia que el hallar un grueso chorro de oro negro. El periodista piensa, sin egoísmo, que ha descubierto en un casi ignorado rincón artístico de París una cosa que es éticamente superior a los descubrimientos que se hacen en Colomb-Bechar; ese pueblecito perezoso de las palmeras y de la arena que levantaron de la nada el esfuerzo, la sed, y la idoneidad de más de cuatro mil refugiados españoles.

La factura del cuadro es impecable. El halo poético en que está envuelto recuerda composiciones vivas del gran Romero de Torres. El padre y los hijos, cada uno entregados a la augusta función social que corresponde a su genio, a su época, a sus ilusiones, a sus ideas, forman un conjunto inevitablemente conmovedor. Zapatero a tus zapatos. El niño de los caracolitos de oro con sus juguetes; la niña gozando de sus primeras aplicaciones y el genio portentoso de Pedro José Proudhon buscando, en el mundo grávido de la meditación, las mejores razones en que apoyar una sociedad nueva que garantice a sus hermanos los hombres el disfrute de la libertad, dentro de la justicia social.

Esa barba sedosa, esos ojos enérgicos, esa frente amplia y luminosa como una plaza manchega, pertenecen al hombre que mejor ha plasmado los conceptos de socialismo y libertad, que han de liberar mañana a los trabajadores del mundo, que han de sacar a los pueblos del tremendo atolladero en que hoy se hallan. Seguramente esos manuscritos que tiene a sus pies pertenecen a sus famosos libros «Filosofía de la miseria» y «¿Qué es la Propiedad? ¡Un robo!». Nada se ha escrito que tenga la fuerza argumental, el tono explosivo, la rotundidad moral y científica de esos textos, juzgados, en justicia, como la matriz de toda la sociología moderna. El propio Carlos Marx (que no carecía de talento) se inspiró de sus teorías para levantar el pesado armatoste de su «Capital»; y como suele ocurrir en mentalidades autoritarias y envidiosas, le hizo objeto, más tarde, de las más viles calumnias y los más indignos desprecios. Pero la obra de Proudhon es inmortal. Las aguas sucias de la difamación pasan por su lado sin tocar las raíces impolutas y robustas de su genio.

Y a todo esto ¿quién era realmente Gustavo Courbet? Cuando, dos días más tarde, el periodista plantea sus dudas ante la mesa activa de la Redacción de «CENIT», quien la dirige contesta enseguida, echando mano al archivo de una memoria prodigiosa: «¿Courbet? Un artista rebelde y generoso que batió el cobre contra los enemigos de la libertad del hombre. Estuvo, también, exilado en Suiza tras el drama glorioso de la Comuna de París.»

Conrado LIZCANO



# EL INFORME KRUTCHEV

## LA POLÍTICA DE STALIN



UNQUE someramente las alusiones a la política exterior de Stalin no faltan. Particularmente al período posterior a 1.945. «Con frecuencia, hace observar, Stalin dejaba dormir durante meses problemas de una excepcional importancia para la vida del partido y del Estado, de urgente solución. Bajo la dirección de Stalin, nuestras relaciones pacíficas con otras naciones se veían con frecuencia amenazadas, ya que las decisiones de uno solo podían provocar y provocaban graves complicaciones».

Esta sola referencia, aunque breve, es una acusación, en extremo precisa, de la forma dictatorial empleada. Y, particularmente, de la verdadera responsabilidad del Kremlin en la tensión internacional que, más de una vez, ha hecho temblar los pueblos ante la perspectiva de un nuevo conflicto armado.

«En los últimos años, concluye, cuando nosotros hemos llegado a liberarnos de la práctica perjudicial del culto del individuo y que hemos tomado las medidas apropiadas en el dominio de la política interior y exterior, cada cual ha podido constatar cómo la actividad recomenzaba y cuanto progresaba la actividad creadora de las masas laboriosas». Esta declaración, reafirmando los aparentes deseos insinuados de una forma u otra de coexistencia pacífica con los países «capitalistas», alimentó las esperanzas de una buena parte de la población acerca de los verdaderos intereses pacifistas de los nuevos dueños de la situación. Sin embargo, el error se hizo rápidamente patente y los verdaderos designios del Kremlin se han evidenciado una vez más, regidos por un individuo o directorio, como invariables y de neta inspiración imperialista.

No hay en el informe más objeciones a la política exterior del Kremlin. A excepción del caso de la ruptura con Yugoslavia. Sobre este, en el que las manifestaciones son más amplias y concisas, la finalidad conciliadora de Krutchev, parece manifestarse concluyentemente.

«El pleno de Julio, precisa, ha estudiado en detalle las razones que provocaron el conflicto con la Yugoslavia. El rol que ha jugado Stalin ha sido escandaloso. Los problemas impuestos por el «asunto yugoslavo» habrían podido ser resueltos por medio de conversaciones entre partidos y camaradas. No existían fundamentos serios de naturaleza a justificar la alternativa que se le dió a este «asunto». La ruptura de relaciones con este país pudo ser evitada. Esto no significa, indudablemente, que los jefes yugoeslavos hayan estado

exentos de errores e imperfecciones. Pero estos errores e imperfecciones han sido amplificadas de una manera monstruosa por Stalin, hecho que produjo la ruptura de relaciones con un país amigo».

«Yo me acuerdo, continúa, de los primeros días del conflicto entre la Unión Soviética y la Yugoslavia, época en que empezó a ser artificialmente inflado. Un día llegando de Kiev a Moscú, fui invitado a visitar a Stalin, que mostrándome la copia de una carta enviada por Tito me dijo: «Ha leído usted esto?» Y sin esperar mi respuesta declaró: «Me bastará mover el pequeño dedo y no habrá más Tito. El se derrumbará.»

La memoria de Krutchev es, por tanto, original. Falla, de todas maneras, al omitir el apoyo que la política antititista de Stalin encontró entre todos sus devotos, dentro y fuera de la Unión Soviética. «El judas Tito, clamaba Bulganin en su discurso de Sofía, el 9 de septiembre de 1949, y sus cómplices desertores y malhechores del campo socialista al campo imperialista y fascista, han transformado la Yugoslavia en prisión de la Gestapo. Toda la humanidad progresiva mira con asco estos miserables traidores cómplices del imperialismo».

Claro que, en este caso, la locura de Stalin, por lo visto, continuaba influenciando a sus colaboradores. La «manía de grandeza» que, según Krutchev, se desprende de la declaración de Stalin era general. ¿Aunque bien pudiera ser que también en este caso, ni Krutchev, ni el Comité central estuvieran en situación normal de poder documentarse? O es que el servilismo de todos, y el pánico al dictador, se superpusieron en ellos a todo orden de consideraciones.

La muerte del dictador ha puesto fin, por lo visto, a la anormal situación, y ya todo marcha sobre ruedas. Es por ello que concluye: «Nosotros hemos examinado cuidadosamente esta cuestión y hemos hallado una solución conveniente que es aprobada por todos los pueblos de la U.R.S.S. y la Yugoslavia, como también por las masas laboriosas de todas las democracias populares y de toda la humanidad progresiva. Hemos procedido a la liquidación de relaciones anormales con la Yugoslavia en interés del conjunto del campo socialista y en interés de la consolidación de la paz en el mundo entero».

No puede negarse que la terminología de Krutchev es del más puro estilo stalinista. La fidelidad de la línea de expresión gráfica, que intenta justificar los actos de las jerarquías, alegando la previa aprobación de las masas, sin derecho de opción ni opinión, no puede ser más edificante. Krutchev,



pese a todos sus denuestos, sigue en esto fiel a la voz de su amo.

La sola verdad de sus alegaciones es la referente a la normalización de relaciones entre la Unión Soviética y la Yugoslavia. En efecto, a partir de la muerte de Stalin la tensión entre los dos países empezó a desaparecer. Las ruidosas campañas de la prensa rusa, entrañando la de sus incondicionales, desapareció, siendo rápidamente restablecidas normalmente las relaciones diplomáticas.

A últimos de 1945 los periódicos publicados por los stalinistas yugoeslavos en Rusia y colonias, fueron suspendidos. La «Pravda» exaltaba la fraternidad de armas ruso-yugoeslavas, y las manifestaciones de los dirigentes moscovitas adquirirían un cariz amical, ignorado desde 1947. Finalmente el 26 de mayo de 1955, Bulganin, Krutchev y Mikoyan visitaban la Yugoslavia.

La declaración de Krutchev al poner pie en el aeródromo de Belgrado, era para hacer responsables de la ruptura, a Beria y Abakumov. Estamos, por tanto, hoy en situación de poder contrastar ambas opiniones, al objeto de poder aquilatar el valor de las palabras del secretario bolchevique. ¿Dónde está la verdad, en el Informe o en sus declaraciones de Belgrado?

Puede que ni en uno ni en otro. Ya se ha visto a raíz de los sucesos de Polonia y, particularmente, tras los de Hungría: cómo las relaciones entre rusos y yugoeslavos han vuelto a enfriarse hasta el extremo de dar de nuevo lugar a una ruptura. Y ello pese al acuerdo establecido entre ambos referente a lo «no ingerencia en los asuntos internos de otros países», «respeto mutuo» y «respeto de la soberanía, independencia, integridad e igualdad de Estados». Todo aguas de borrajas, cuando los intereses imperialistas del Kremlin se hallan en juego.

Entre tanto, como en la ocasión precedente, Tito continúa en el poder. Será por causa de haber ocurrido como en 1947. La «intensidad y la manera» con que Krutchev, como él dice en su informe de Stalin, «haya podido remover no solamente el pequeño dedo, sino todo lo que podía remover» no ha abrado ningún efecto. Claro, es que también ahora, «Tito tenía detrás de él un Estado y un pueblo que habían estado en la ruda escuela de los combates, por la libertad y la independencia, un pueblo que sostenía sus dirigentes». La «megalogía de Stalin», como dice Krutchev, no podía dar otro resultado, en 1947. Y la de él mismo en 1956, pese a las lecciones de la historia, sigue el mismo sendero.

## LOS CRIMINALES DE BLUSA BLANCA

Seguidamente el secretariado del partido pasa a informar del conocido caso del «complot de los criminales de blusa blanca». Este asunto fué conocido en su origen, en Occidente, por medio de la «Pravda», de fecha 13 de octubre de 1953. Los profesores Vovsi, Vinogradov, M. Kogan, B. Kogan, Ierogov, Feldman, Etinger, Grinstein y el doctor Mayarov eran inculcados de «minar la salud de los cuadros dirigentes militares de la Unión Soviética».

«La mayoría de participantes, decía la «Pravda», del grupo terrorista: M. Vovsi, B. Kogan, A. Feldman, A. Grinstein, Etinger y los otros, estaban ligados con la organización nacionalista burguesa judía internacional «Joint», creada por el servicio de espionaje americano para aportar una ayuda material a los judíos en los otros países. De hecho esta organización, bajo la dirección de los servicios de espionaje americanos, llevaba a cabo una larga actividad de espionaje

terrorista y de infiltración en una serie de países, comprendida la Unión Soviética. El inculcado Vovsi a declarado en el curso del interrogatorio, que había recibido de los EE.UU. directivas «para la exterminación de los cuadros dirigentes de la U.R.S.S., de la organización «Joint» por mediación del médico Chimelovitch y de un nacionalista burgués bien conocido, Michoels.»

La «Pravda» terminaba reseñando que «V. Vinogradov, M. Kogan, P. Ierogov, eran gentes del servicio de espionaje inglés». Este asunto fué, según Krutchev, promovido «por la declaración de la doctora Tinachuk que había sido probablemente influenciada o recibido órdenes de alguien...» Krutchev sigue jugando con la excusa de la ignorancia.

«Stalin ordenó la detención, continúa Krutchev, de un grupo de eminentes especialistas en medicina y dió su opinión personal en cuanto al «procedimiento de la investigación y el método para interrogar a las personas. El dijo que el académico Vinogradov, debía ser encadenado, que un otro debía ser apaleado. Al antiguo ministro de la Seguridad de Estado, el camarada Ignatiev, que asiste a nuestro Congreso en calidad de delegado, Stalin, le dijo brutalmente: «Si usted no obtiene la confesión de parte de los doctores, le cortamos la cabeza».

Es decir, que los dirigentes del partido no estaban tan ignorantes de lo que ocurría en el Kremlin, como Krutchev está interesado en hacer creer. Pese a que éste afirma que: «El caso fué presentado de tal suerte que nadie podía estar en medida de verificar los hechos sobre los que la investigación estaba basada. Era imposible de ensayar de contactar las personas que habían reconocido su culpabilidad y verificar los hechos».

Una vez más las declaraciones fueron obtenidas por medio de torturas, siguiendo los dictados de Stalin. No obstante la falsedad de las inculpaciones fué descubierta después de la muerte providencial de Stalin. «Este caso innoble, concluye, fué preparado por Stalin. Pero no dispuso del tiempo necesario para llevarlo a buen fin.»

En efecto, dos meses más tarde el moderno Nerón desaparecía del mundo de los vivos. El 4 de marzo de 1953 la agencia Tass informaba de que en la noche del 1.º al 2, el dictador había sufrido una hemorragia cerebral. El 6 de marzo, por fin, un comunicado, redactado en el clásico estilo ditirámico, anunciaba su muerte.

Exactamente, un mes después, el 4 de abril, el ministro del Interior de la Unión Soviética, hacía público un comunicado anunciando la rehabilitación de los doctores en cuestión. Entre otras cosas se afirmaba que: «las deposiciones hechas por las personas detenidas... habían sido obtenidas por los colaboradores del antiguo Ministerio de la Seguridad por medios rigurosamente prohibidos por la ley soviética.»

El ministro del Interior, Ignatiev, fué depuesto de sus funciones. Y su adjunto, Riumin, detenido. Su suerte, desde luego, fué totalmente diferente. El superior, después de la caída de Beria fué reintegrado al partido y nombrado secretario por la Bachkiria, para entrar a continuación, después del XX Congreso, al Comité central. El subalterno corrió la misma suerte de Beria.

La inculpación hecha a este último era de ser un agente del servicio de espionaje inglés. Como algunos de los doctores del complot precedente. «Ha quedado probado, añade Krutchev a su respecto, que este villano a subido las diferentes escalas pasando por un número enorme de cadáveres».

La ortodoxa manera de razonar y actuar, de esencias stalinistas destacadas, sigue siendo una regla normal de desarro-



llo. E incluso haciendo uso de los mismos argumentos. La inculpación a Beria es de lo más teatral. ¿Cuál de los dirigentes del Kremlin no ha ascendido por cima de las pilas de cadáveres depositados a su paso? ¿Acaso Krutchev mismo hubiera podido llegar a la posición que hoy ocupa de otra forma? ¿Es que su situación en el partido no fué garantizada por su incondicionalidad al dictador, y tras la liquidación total de los miembros de la oposición en los puestos dirigentes en 1934? ¿Es que no fué, concretamente, la eliminación de Kossior la que permitió su nombramiento como secretario del Comité central del partido en Ucrania?

La alegación de que «en 1937, con motivo de un pleno del Comité central el antiguo comisario del pueblo a la salud pública, Kaminski, declaraba que Beria trabajaba por los servicios de espionaje de Mussabat», es en extremo capciosa e inconsistente. Los métodos empleados en aquella época dieron lugar, como bien sabe Krutchev, a que todos los elementos del partido trataran de inculparse entre sí, como medio de preservar la vida, ascender en la escala jerárquica o conservar su posición. La imputación de que Beria era un «enemigo del partido», no es más que la prolongación reformada de la tesis del «enemigo del pueblo».

Es injustificable que si la inculpación, hecha contra Beria, fué ante el Comité central, que éste haya permitido a Stalin liquidar a Kaminski, porque «él tenía confianza en Beria y esto le bastaba». En cuyo caso, de aceptar la hipótesis, tanto Krutchev, como el resto de sus colegas en el Comité central serían más responsables, incluso, que el propio Stalin, ya que ellos no tenían motivo de abrigar los mismos sentimientos. En cuanto a la forma en que Beria fué impuesto como segundo secretario del «Comité local transcaucásico en 1931» por Stalin, adolece del mismo complejo.

Es más que dudosa la forma de proceder y acusar de Krutchev. Es evidente que esto es un defecto de inspiración stalinista. Acusaciones, génesis y fundamentos son bien distintos. Es inadmisibles contra Beria, miembro del partido desde 1919 o 20; chequista desde 1922; miembro del Comité central, como Krutchev mismo, desde 1934; jefe de la G.P.U. desde 1938; miembro del Politburó desde 1939; mariscal soviético y uno de los cinco elementos del Comité de Defensa del Estado durante la guerra; vice-presidente del Consejo y componente de la «troika» que detentó el poder a la muerte de Stalin, la acusación de estar al servicio de una potencia extranjera. Ella es tan falta de sentido, como la que se le hizo al equipo víctima de la «grande purga».

Hay a más de todo esto, un punto verdaderamente interesante en esta parte del informe. El público reconocimiento de la existencia de los campos de concentración en la U.R.S.S. que, como las detenciones administrativas, habían sido hasta la fecha negados por los turiferarios del régimen, y sobre lo que en Occidente se han intentado varios procesos a diferentes personas a los que la «mafia» bolchevique ha tratado de las más diversas formas. «Snegov, dice refiriéndose a una de las víctimas imputadas a Beria, ha sido rehabilitado hace poco, después de haber pasado diecisiete años en campos de prisioneros».

El fragmento más patético, se halla igualmente en esta parte. La copia de la carta, supuestamente, dirigida por

Kedrov al Comité central es una obra maestra del autor y del comentador por su habilidad al incluirla en el momento oportuno. «Yo recurro a suplicarle, empieza dramáticamente, desde el fondo de una triste célula de la prisión de Lefortorsky. Que mi grito de horror llegue a vuestros oídos, no quedar sordos a mi llamada; tomadme bajo vuestra protección». «Yo soy inocente». «Hoy a la edad de 62 años estoy amenazado por los jueces encargados de la instrucción de soportar presiones físicas aun más severas, crueles y degradante. «No veo salida. Siento que nuevos y potentes golpes me amenazan. Pero todo tiene un límite. He sido torturado al extremo. Mi salud está dislocada, mi fuerza y energía se hallan a punto de debilitarse, el fin se aproxima.»

El viejo bolchevique, camarada Kedrov, añade Krutchev, fué declarado inocente por el colegio militar. Pero, pese a eso, fué fusilado por orden de Beria». La patente acusación es, de todas formas inadmisibles. No se puede admitir que Beria pudiera decidir de la suerte de un elemento de la categoría del mencionado, sin contar con el apoyo de Stalin. Y, en este caso concreto, con la de todo el Comité central, que no cabe duda tuvo de antemano todos los elementos de juicio precisos para intervenir.

Tanto en este caso, como en el de la familia Ordjonikidze, la falsedad no puede ser más evidente. Beria obró gracias al apoyo general. Así lo demuestra, por otra parte, plenamente el siguiente párrafo de Krutchev: «Ordjonikidze ha sido siempre un adversario de Beria, cosa que él no ocultó a Stalin. En lugar de examinar este asunto y tomar las disposiciones necesarias, Stalin, permitió la «liquidación» del hermano de Ordjonikidze y empujó a Ordjonikidze mismo al suicidio (en este punto Krutchev nos corrige la plana; creíamos como dijimos al principio que Ordjonikidze había muerto de forma natural, quede, pues, constancia). Tal era Beria». Más exactamente hubiera sido decir: así éramos todos. Un hombre íntegro no hubiera podido hacer carrera en semejante compañía.

En este caso, la cuestión de saber «cómo Beria, que había liquidado decenas de millares de personas no ha sido desenmascarado en vida de Stalin, está totalmente desplazada. La vida del régimen no podía perdurar de otra forma. No era Beria, simple instrumento, a quien había de desenmascarar sino a Stalin y al régimen en su totalidad. Y ya sabemos, los que desde hace años venimos adoptando esta actitud honesta, lo que ello viene costándonos. La actitud de Beria no es otra que la equivalente de todos los miembros del partido y, particularmente, sus dirigentes. Todos, sin excepción, junto a Beria, corresponsables de Stalin.

El hecho de que Krutchev, pueda hoy lanzar contra Beria el arsenal acusatriz de que Stalin se sirvió para anular a sus adversarios o presuntos tal, carece de valoración especulativa. Invertidos los papeles el resultado no hubiera diferido. La sola diferencia hubiera estribado en el cambio de la figura acusatriz. Pero el escenario y orden de temática se habría mantenido dentro de los mismos cánones, con Krutchev en el banquillo de la ignominia. Aunque en el que se ha situado no sea más digno de consideración.

Francisco OLAYA



# CALENDAS JUSTINIANEAS



AS jóvenes promociones abogadescas o de causídicos, que anualmente escudrillan las Facultades de Derecho, de la Universidad, salen, como zapatos, configuradas en la forma de la mente jurídica de Justiniano. Con esta atribución de juricidad, aludo a la mollera ortodoxa, castrense, cortesana, imperial, literaturesca y burocrática del peor de los basileos o césares bizantinos. El tal basiliota insufló diez siglos de vida más en Oriente al mamut estatal, que la rabia de los pueblos mal llamados bárbaros, estaba haciendo añicos a golpe de francisca (hacha) en Occidente. La ola de esta inundación que todo lo arrasaba, constituía multitudes que no se cansaban de darle asaltos a Roma, para destruir la arquitectura de su autoritarismo y hacerle vomitar los plagios con que había ingenierado divinamente su propiedad, también de derecho divino. La religión de la Sacrosanta Sabiduría (Agia y panagia Sofia), materializada en blanquernazos como el justiniáneo Indigestónico, las Panderectas de cascabel, los folletines de su Novelería y la destitución de su Instituta, no tiran a otro blanco, que al de petrificar, inmueblar y hacer sólido, congelándolo, lo más líquido y fluido o gaseoso, que hay en la Naturaleza; esto es, la vida social. Fossiliza el farmacópola o que me refiero, el Yus, escriturándolo, colándolo en tomos como ladrillos, quebrándolo y mezclándolo en canterizos sillares. No asombra que rúbulas y curiáceos llamen al patrón de sus bucaneras navegaciones Divo (de ópera), Divus Yustinianus, el divino Emperador. Por la misma causa se designa al autocrátor bizantino, con el mote de el Salomón de la juricidad y la legalidad, que son todo lo contrario de la justicia. Aquel autocráter, pater, omnipotens y omni-impotens hasta del zarismo y bolchevismo rusos, era un pantocrátor. Salomón les erigió a los judíos un templo como un bazar, para que en él pudieran entregarse a sus rezos y a sus tráfico. Santa Sofia, el Vaticano del Este, que Justiniano mandó osaturar, más que una casa de oración y de circuncisión, parecía unas Galerías Lafayette de la moda. Salomón apacentaba su intemperante apetencia de Eros, en un prado de cabras locas del más impronunciable balido. Justiniano dedicaba sus sollicitudines a una única, pero que valía por mil. El profetismo pegador con tubo, excomulgaba a los príncipes de la casa de Judá, que se envolvían y revolcaban con cananeas como cráteres de fuego y como pozos de miel.

Pero al rey de los Proverbios no le gustaban las gordas y grasientas Noemíes de su majada; y se iba derecho, como los borregos al pasto, a la curva del Níger de las nocheras

hijas de Cam. Justiniano eligió igualmente su amor en una compañía de pantominas, que acababa de llegar de Cartago, transportada gratis en una barcaza de maritimar puercos; y que había acampado y plantaba provisionalmente sus tiendas o barracones junto a la estatua de Tyké (la Fortuna).

Senadoconsultos y jurisprudencias principian en Roma a acar-tonar el Derecho. La familia natural republicana, basada primitivamente en las afinidades electivas, se trueca en una monarquía tarquiniana o siervotúlica, en que prevalecen sobre todo considerando el malaje interés. La tierra, que es ilímite y no ha nacido entre mojoneros, bárdase con liños, setos y alambradas espinolas. El libre acuerdo de gitanos, que ha sido siempre la contratación, sigue con los calés de toga tan fullero como con lo de vara y escupir por el colmillo. Pero al menos los antiguos cañis no asentaban en negro sobre blanco sus mohatras y no las consagraban con una cruz y el sacramental «Doy fe».

Pues bien: Justiniano viene a marmorizar, a hacer berro-queña esta conspiración contra el hombre y sus prerrogativas. Había escogido para ministro de Hacienda al peine de más púas de su tiempo y que se arrastraba tras sí hasta el cuero cabelludo (Juan de Capadocia). Y se asesoró, para paramen-tar y piramidalizar el canon, de un forense, que tenía una dala por cabeza (Triboniano de Pamfilia). Asociado éste a un colegio de eruditos de su estopa, acometió con el testuz bajo, la magnolia empresa de monumentar los pilonos del Corpus Juris Civilis. Se empezó por calderar el Digesto. La tarea ingente de espigar drupa y curado en más de 3.000 libros farragosos y de imposibilidad de pedernal, con más de tres millones de líneas como varilla, para lo que se calcula-ron diez años de labor, se coronó en tres, emborronando alrededor de millón y medio de palabras. Vineron inmedia-tamente las críticas a lo plúmbeo, zaborrero, mazorril y confusionario de la obra. Para clarificarla y descargarla de mazacote, se publicaron prokeiras y epanagogos (manuales y resúmenes), écloas (selecciones), basilikai (complementos) y el Hexabiblos de Harmenópulos, que era un epitome de otra docena de silogios, relecciones, dispunciones, enquiridios y animadversiones. Y en vez de coger toda esta fenomenal balumba y decir en dirección a las profundidades del Bósforo «¡Allá va, Poseidón!», o de consagrársela a Proserpina, diosa del rescoldo infernal, entre la Puerta Aurea y el Forum Tauri, se declaró públicamente que tan descomunal codifi-cación baldo-bartola, es el templo majestuoso de la Temis romana. Y ¡boca a tierra todo el patio!

Angel SAMBLANCAT



## Manuales e intelectuales

# La unión de los trabajadores hará la paz del mundo

(Continuación)

En una sociedad armoniosa, no habrá más diferencias entre obreros manuales y obreros intelectuales, porque ellos mismos habrán suprimido las barreras que, actualmente, las clases dirigentes tienen especial interés en que subsistan eternamente. Habiendo reformado su conciencia y corregido su mentalidad, llegarían a substituir al individualismo egoísta, que sólo busca perjudicar y dominar, por el individualismo generoso, creador de justicia y de belleza. Este individualismo tendrá como consecuencia, el apoyo mutuo, la camaradería bien comprendida y un asociacismo inteligente. Ese día la Revolución será un hecho, sin efusión de sangre, simplemente por la voluntad de los mejores, entre los hombres. Pero ¿se verá alguna vez el tiempo en donde todos los que trabajan, con sus manos o con su cerebro, habrán por fin vencido mediante su unión, siglos de prejuicios, errores e ignorancia?

Cada individuo cumpliendo el trabajo más acorde con sus aptitudes y sus gustos, tal es la solución del problema social. En régimen capitalista, ni pensarlo. Este régimen teniendo precisamente por finalidad el sacar toda iniciativa al individuo. Quiere hacer de él un peón, o menos aun, una máquina. Cada uno cumple en él una tarea inepta, inútil y perjudicial, que es la expresión de una falsa civilización, en la cual los brutos forman mayoría. Que cada uno haga el trabajo que mejor le conviene: no obliguemos a los intelectuales hacer un trabajo manual, ni a los manuales hacer un trabajo intelectual, si ni unos ni otros tienen disposición para ese trabajo. ¡Locura es el pretender obligar a todas las personas a ejecutar los mismos trabajos y a hacer los mismos gestos! Eso sería la humanidad que sólo encerraría en su seno a manuales o a intelectuales: sería un cuerpo sin cerebro o un cerebro sin cuerpo, una monstruosidad, ni más ni menos.

En una sociedad verdaderamente libre, no hay ni manuales ni intelectuales. Hay hombres libres.

Al principio de la humanidad, el trabajo no debía ser esta cosa innombrable que nosotros conocemos: una verdadera galera, en una sociedad que es un infierno. Las fábricas son presidios (1), y lo mismo se puede decir de las administraciones. Hay que abandonar toda personalidad desde que se penetra en ellas y renunciar a ser uno mismo. Uno ya no se pertenece, el «patrón», sea el Estado o un particular, es un tirano con el cual no se discute. En tiempo de las cavernas, todo trabajo tenía razón de ser: ninguna tarea era inútil. El hombre no hacía ningún gesto que no tuviera razón de ser. Hoy, las tres cuartas partes de las tareas que realizamos son inútiles y no tienen razón de ser. No sólo son perfectamente inútiles, sino que se las debe considerar como nocivas y peligrosas. El hombre

podría mejor emplear su tiempo: cultivar su conciencia y vivir integralmente. Nuestros antepasados, que descubrieron las primeras industrias y los primeros oficios, eran a la vez artesanos y artistas. Entonces se confundían el trabajo manual y el intelectual. En aquel tiempo, la mano y el cerebro trabajaban de concierto. Se prestaban un mutuo apoyo y es de esta comunión perfecta entre la acción y el pensamiento de donde ha surgido la verdadera civilización. Ha sido necesaria la sociedad moderna, con sus ficticias necesidades, sus «trusts» y sus combinaciones, para separar al trabajo manual del trabajo intelectual, oponiendo uno a otro, y manteniendo un infeliz equívoco, del cual los políticos sacan gran provecho.

Los políticos son los enemigos más grandes para las dos categorías de trabajadores. Luego de haber sido ellos mismos, a veces, proletarios, intelectuales o manuales, hacen sufrir a sus antiguos compañeros la tiranía de sus leyes votadas contra el buen sentido y los envían a presidio cuando intentan poner en práctica las teorías que les predicaron. ¡Pero el reinado de los políticos no ha de ser eterno! Vendrá un día en donde no habrá ya más políticos en el mundo. Ese día, la especie humana, habrá vuelto a la sabiduría.

—o—

Entre manuales e intelectuales verdaderamente dignos de ese nombre no puede haber malentendido. Marchan unidos. Trabajan para la misma Causa. Sólo el malentendido existe entre los proletarios de las dos categorías, de mentalidad burguesa. ¡Que se las arreglen («debrouillent») como puedan, ¡Que se hagan la guerra si quieren! Nosotros no tenemos por qué tomar parte en sus querellas. En el fondo, todos están de acuerdo. La desgracia está en que perjudican a los independientes y a los sinceros. Son los responsables de las barbaries del capitalismo, de las que sufren los obreros del espíritu y del cuerpo, que tienen la audacia —para ellos— de querer conservar bajo todos los regímenes su libertad de palabra y de prensa. Estos no podrían estar paralizados—hasta el punto de que en algunos es una idea fija—por la única preocupación de llenar su vientre y su cartera monetaria, aunque se reserven el derecho de exigir, bajo la forma de un salario adecuado al costo de la vida, la justa remuneración de los servicios que han hecho a la sociedad. Estos no se aprovecharán con salarios conquistados en altas batallas, ni con supuestos ocios frecidos como «pastura» por los amos, para envenenarse tragando el alcohol que éstos les ofrecen con el fin que se adivina, o para dispensar los aplausos que una prensa vendida hace a los politicastos de todo colorido. Buscan, ante todo, enriquecerse interiormente, en vez de usar de los medios más sucios para el traspaso de su condición de explotados a la de explotadores. El avivarse («debrouillage»), no consistirá para ellos en traicionar a sus compa-

(1) Presidios industriales, según Kropotkin (N. d. T.)



ñeros después de haberse servido de ellos. Estos serán Hom-  
bres, y no veletas impulsadas por no importa que viento.  
Estos últimos sólo tienen un pensamiento: *pasar por la caja*  
(«passer à la caisse»). Bien sé que hay que vivir—pues  
no somos sólo conciencia—, pero, verdaderamente ¡vivir  
para eso nada más!...

¿Es que no debería existir una estrecha solidaridad entre  
manuales e intelectuales, no sólo por el hecho de que per-  
siguen un fin común, sino porque sus diferentes tareas re-  
sentan todas grandes analogías, y que su vida se ase-  
meja? Sosteniendo la causa de los intelectuales, es su pro-  
pia causa la que sostienen los manuales. Por su lado, toman-  
do la defensa de los intereses de los manuales, son sus pro-  
pios intereses que defienden los intelectuales. Intereses, y  
me apresuro en decirlo, que no son solamnte de orden a-  
terial, sino que también atañen al pensamiento, pues es  
ser por entero que aspira a vivir integralmente por el ce-  
rebro, el corazón y los sentidos.

Bien poca es la cosa que separa a los intelectuales de  
los manuales. Forman parte de la misma humanidad. Es-  
tán sometidos a las mismas leyes físico-químicas. Nacen e  
mueren en las mismas condiciones. La naturaleza se ocu-  
paba de establecer la misma igualdad entre todos los hom-  
bres (2). La sociedad es para ellos una madrastra. Tienen  
«patrones» insoportables, que exigen un trabajo hecho a  
serie, sin arte y sin gusto, sin personalidad. Y verdadera-  
mente uno se pregunta qué personalidad se podría poner  
en oficios idiotas que a veces los amos nos imponen, oficios  
que uno debe abandonar más que de prisa, pues a la vez  
deprimen el cuerpo y la inteligencia: mercancía («camel-  
lotte») de bazar y tareas papeleras («paperasières») se ase-  
mejan.

El empleado ocupado en cubrir una hoja de papel con  
escrituras y en transportar de una oficina a otra archivos  
(«dossiers») fastidiosos, es tan a compadecer como el ca-  
rretero de las calles o el carretero. Respiran el mismo aire  
pestilente y lleno de microbios. Si se suprimieran las tres  
cuartas partes de los oficios actuales, como por ejemplo,  
en las fábricas, el de fabricar los polvos radiactivos para la  
última de las guerras (3), y, en las administraciones, ver-  
daderas for talezas de la rutina y de la incoherencia, los  
«servicios» más grotescos, y la humanidad se sentiría me-  
jor. Cada trabajador podría gozar de los beneficios de la  
vida, desarrollarse físicamente y moralmente, tomar vaca-  
ciones y distraerse en lugar de asfixiarse lentamente en los  
presidios del trabajo, en espera de la vejez y de la muerte.

Los proletarios manuales hacen mal en tener celos de  
los proletarios intelectuales, restringidos como ellos a tareas  
embrutecedoras. Pero mientras que por esas tareas los ma-  
nuales perciben salarios—muy ilusorios, reconozcámoslo—  
que no están siempre recompensados por los servicios que  
hacen a los intelectuales, estos últimos igualmente mal re-  
tribuidos, sobre todo en los pequeños empleos, hacen a los  
manuales muchos servicios, que no siempre se los hacen  
pagar. Y se ve—¡oh, ironía!—a intelectuales que están obli-  
gados a hacer un oficio manual para vivir, mientras que se  
ve raramente a un manual hacer un oficio intelectual para  
llegar a poder vivir («joindre les deux bouts»). Lejos de nif

el pensamiento de hacer aquí el panegírico de los intelectua-  
les, cuya mayoría apenas vale gran cosa, pero debo decir  
que si existen intelectuales enrolados al servicio de la bur-  
guesía, viviendo ampliamente con el oficio que hacen—¡o  
no hacen!—, otros, que se niegan a hacer la misma cosa y  
servir a la misma clase, vegetan toda su existencia, pobres  
como Job, hasta el día en que se suicidan o mueren de ham-  
bre en una buhardilla. Estos intelectuales son tan infelices  
como los proletarios más desheredados. Van «a la oficina»,  
en lugar de ir «al taller» o a «la fábrica», y toman, como  
los más humildes manuales el Metro (4). ¿Es que el obre-  
ro inteligente—digo inteligente—, se va a negar a tender la  
mano a ese hermano de miseria que como él perece de  
hambre? ¿Verdad que no? ¡Sería estúpido el hacerlo?

El intelectual a menudo se ve obligado a hacer extensos  
estudios, para terminar en nada, mientras que el manual  
muy pronto está provisto de un oficio que le permite ir  
tirando («vivoter»). El obrero se hace pagar su trabajo, lo  
cual bien que hace, mientras que el intelectual, que ade-  
más de su tarea cotidiana, escribe o habla para hacerse  
útil, lo hace, casi siempre por nada, sin otra recompensa  
que accionar según su propia conciencia.

No es posible aislar a una o a otra de las dos categorías  
de trabajadores. Se hacen entre ellas mutuos servicios. Los  
«manuales» dan a los «intelectuales» el alimento corporal,  
y los intelectuales dan a los manuales el alimento espiri-  
tual. Una aportación no va sin la otra. Son igualmente  
necesarias, para el normal funcionamiento del organismo. El  
individuo no es sólo espíritu (5), pero tampoco es sólo ma-  
teria. Ama, sufre, tanto como bebe, come, duerme o for-  
nica. Se viste, se cobija, se calienta, tanto como reflexiona,  
observa, se interesa por las cosas del arte o de la ciencia.  
El hombre que nada piensa es un bruto. La armonía se  
realiza en el seno del individuo por la estrecha unión entre  
la materia y el espíritu. Entonces, ¿por qué intentar re-  
parar en la sociedad, lo que en el individuo tan bien se  
completa? Todos los trabajadores son solidarios: ninguna  
tarea es inútil, desde el momento que embellece la existencia  
humana. Se comprende que los que tienen interés de dividir  
para reinar traten de utópicas estas ideas, de una simpli-  
cidad infantil. Una sociedad burguesa, egoísta y sin armo-  
nía, mantiene por todos los medios el desorden en su seno,  
pretendiendo al mismo tiempo «hacer respetar el orden». Encierra a gentes que trabajan y a gentes que nada hacen. No puede ser cuestión, en semejante sociedad, de un tra-  
bajo inteligentemente cumplido por hombres libres. Le es  
preciso amos que manden y esclavos que obedezcan. Ensayo  
en establecer distinciones ficticias, arbitrarias, entre todas las  
categorías de trabajadores, a fin de que, desunidos, no pue-  
dan oponerle ninguna resistencia y se dejen pasivamente  
explotar. Trabajadores intelectuales y manuales caen en esa  
grotesca trampa. Se odian cordialmente. Hacen así el jue-  
go a los burgueses—o a los aspirantes a burgueses—y, por  
ahí quiero decir, seres cerrados a todo progreso, a toda  
idea libre, a toda generosidad, que, según la definición de

(4) El autor de este meritorio trabajo es parisino. Vive  
en la bimilenaria Lutecia. Por eso habla aquí del «metro»  
(o locomoción subterránea). N.d.T.

(5) Se trata aquí del espíritu o conciencia (pensamien-  
to, inteligencia, etc.) No se debe confundir con el «espi-  
ritu» teológico que no significa nada en realidad, aunque  
sea una obsesión enfermiza de las mentes presas de lo mís-  
tico. (N.d.T.)

(2) «La humanidad está diversificada en la vida y uni-  
ficada en la muerte» (Alberto Carsi dixit). N.d.T.)

(3) La propaganda militarista y chovinista ante la in-  
minencia de una guerra continental, inculca en las masas  
de los pueblos, la falsa esperanza de que «la guerra que  
viene ha de ser la última guerra» (N.d.T.)



Flaubert: «piensan bajamente» («pensent basement»), y, añadiremos, accionan aún más bajamente.

En cuanto a mí, sé decir que sólo reconozco a dos clases de individuos en la sociedad: los explotadores y los explotados. Se las encuentra, una otra, entre los manuales y los intelectuales. Hay entre ellos burgueses de estrechas ideas y pobres de sentimientos. Y se asiste a ese espectáculo, con seguridad muy poco banal, de explotados que se explotan entre ellos.

Reconozcámoslo, los manuales tienen sus defectos, como los intelectuales. Tienen también sus cualidades. Importa que las cualidades sean más grandes que los defectos de las dos categorías de trabajadores.

—o—

Hay que hacerse mutuas concesiones, y practicar una muy amplia tolerancia. Fanatismo y sectarismo nada tienen que hacer aquí. No deben los intelectuales despreciar a los manuales—sólo, en verdad, los intelectuales burgueses los desprecian—, y no deben, por otra parte, envidiar los manuales a los intelectuales—hablo de los intelectuales sinceros—, pues éstos no representando el número, lejos están de estar organizados para la lucha: disponen de medios menos potentes para hacerse temer o hacerse escuchar. Los verdaderos intelectuales prosiguen su obra en silencio, lejos del ruido y de la agitación. Luchan aisladamente contra los prejuicios y la ignorancia. Escritores, se mantienen al margen de todos los dudosos compromisos. Rechazan colocaciones, honores, prebendas. Artistas, trabajan para ellos, según sus gustos, lo que representa aún la mejor manera de trabajar para el prójimo. Veis vosotros a intelectuales que se agitan, que se sirven del pueblo para alcanzar los sitios gubernamentales; vosotros veis a todos esos sedientos de reclame y de publicidad que, por adornarse con un vestido de la última moda y cobijarse en un palacio, reniegan de sus ideas, venden su talento, se prostituyen como vulgares ramera, pero vosotros debéis ver al sabio atento que en su laboratorio trata de bucear en los secretos de la vida; al pensador que medita en su buhardilla; al artista que crea belleza en su taller. ¡Que no se diga que son inútiles y que no hacen ningún servicio a la humanidad! No se debe decir que para nada valen y que son unos holgazanes. Si tal se pensara, más mal se pensara aún de los mismos burgueses. Vosotros veis a todos los impotentes, a todas las gentes de letras, a todos los falsos artistas, rivalizando con astucia entre los políticos, ridiculizándose cuanto pueden... pero también hay que ver al estudiante pobre, surgido de vuestra clase o de vuestra clase opuesta, que un día se llamará Michelet, el inventor que quema, como Bernardo Palissy, todos los muebles para ver si tiene éxito en una experiencia; al poeta que se prepara una vida de privaciones porque ama la sinceridad (6). Las abnegaciones

de los verdaderos intelectuales—que con sus trabajos no siempre pueden vivir—; pensadores, sabios, artistas, se unen a las abnegaciones oscuras de los héroes del trabajo, que los tiburones de la finanza obligan a trabajar noche y día, para engordarlos. ¿Y quisiérais vosotros, que todos los que padecen este estado social defectuoso, sean manuales e intelectuales, sigan siempre aislados, desunidos y aun hostiles, cuando todos juntos representan lo que de mejor hay en la humanidad? ¡Tal cosa sería una aberración!

A quienes se ha llamado los «proletarios intelectuales» tienen como los otros proletarios sus torturas morales y físicas. No están inmunes a los males que se abaten sobre la especie humana. La enfermedad los visita. Son también mortales. Además, como ya os lo he dicho, apenas están organizados para luchar contra la burguesía. Sus esfuerzos son dispersos. Son débiles y en pequeño número. No disponen de medios tan eficaces como el de una huelga inteligentemente orientada y llegada a punto. Se ven obligados a hacer «otro oficio» para vivir—hablo principalmente de los escritores—; su pluma, únicamente al servicio del Ideal, nada les enriquece. Pretendiendo conservar la libertad para decirlo todo, en todo tiempo y en todo medio, los obreros del pensamiento renuncian a escribir en los diarios de la burguesía, artículos pagados, y no buscan la gloria ni la fortuna cuando escriben un libro: se encuentran suficientemente pagados por su esfuerzo cuando una minoría los aprecia y simpatiza con ellos. No hay que lanzar pues la piedra, como se dice, a los trabajadores intelectuales, y si entre ellos se encuentran tarados—así son la mayoría—no hay que generalizar. Cesemos de confundir a los mercaderes del pensamiento con los héroes del pensamiento. Estos héroes son muy poco numerosos, en la hora actual, en donde hay plétora de falsos héroes. La genteletrera («gendeletrés») ofrece el espectáculo del arrastramiento perruno y más completo ante el becerro de oro. Estos falsos héroes del pensamiento, al sueldo del mejor postor, son apenas interesantes: curvado el espinazo ante la autoridad, serviles ante la fuerza dominista, no tienen el valor de manifestar sus opiniones, cuando por casualidad las tienen. Se ponen siempre del lado del más fuerte. Elógian con todos los tonos a los amos del momento. Bajo su pluma, los seres más despreciables, se vuelven modelos de virtud. Ofrecen a los burgueses los platos arreglados que sus estómagos reclaman, en el teatro, en el arte y en la literatura: pornografía grosera y moral bautizada con agua de rosas. Periodistas, ofrecen a la clase burguesa un espejo fiel de sus aspiraciones y de sus sueños en las crónicas «espirituales». Lo esencial, para ellos, es ganar mucho dinero. Es obtener los favores del público. Es estar bien colocados, como un caballo de carrera o una hetaira de renombre. En cuanto a servir a la Verdad, eso apenas les inquieta. Eso, la «élite» ¡jamás lo hará!

Gérard de LACAZE-DUTHIERS

Versión de V. Muñoz.

(Continuará.)

(6) En la primera carta que Bakunín dirigió a los obreros internacionalistas del Jura, expresaba: «... ¿No es cosa maravillosa que un hombre, un ruso, un ex noble, que hasta el último instante os fuera desconocido, y que por primera vez ponía los pies en vuestro país, se encontrara cuando llegó, rodeado de muchos centenares de hermanos?» (N.d.T.)



## POETAS DE AYER Y DE HOY

# FRIÓ

En el crespón de la noche cuelga la luna plateada...  
El viento peinando penas y besando amarguras, pasa...  
Con pasos lentos la aurora llega de blanco vestida.  
Por las calles solitarias en que ilora la tristeza  
en estos barrios sucios y humildes donde baila la pobreza  
y se hielan las palabras al ritmo de la miseria,  
reina el frío.

Frió que huela los huesos de harapientas prostitutas  
y de vírgenes impúberes que se rien,  
y se rien abrazando el esqueleto de la vida.  
En el alma de estas noches de barrio pobre  
tristes, blancas y frías como el sudario de la muerte  
hay burdeles miserables y tahures ventajistas  
y harapientos holgazanes que con mano temblorosa  
llevan a sus resecos labios el vino mixtificado  
por cochinos bodegueros.

Frió por dentro y por fuera en los cuerpos macilentos  
con cabezas de pelo hirsuto y vacías de cerebro,  
vacías como las abandonadas conchas de los moluscos  
que sobre las doradas arenas de las playas  
besan las frías aguas del Océano.

Luis Felipe VILLEGAS

Octubre, 1957.





# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

**COLECCION «AUSTRAL», 200 francos volumen sencillo; 300 francos volumen doble (.).**

ALTOLAGUIRRE. — «Antología de la poesía española».  
BAROJA. — «Las inquietudes de Shandí Andia» (.); «Fantasías vascas», «El gran torbellino del mundo» (.); «Los amores tardíos», «Zalacain el aventurero», «La casa de Aizgorri». «Los últimos románticos», «Las tragedias grotescas», «Paradox Rey» (.); «Avinareta o la vida de un conspirador», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox» (.); «La obra de Pello Yarzaga»; «Pilotos de altura» (.); «La estrella del capitán Chimista» (.).

Rómulo GALLEGOS. — «Doña Bárbara» (.); «Cantarero» (.); «La rebelión».

GANIVET A. — «Cartas finlandesas».  
Eduardo MARQUINA. — «En Flandes se ha puesto el sol».

A. PALACIO VALDES. — «La hermana San Sulpicio» (.); «Marta y María» (.); «Los majos de Cádiz»; «Riverrita» (.); «Maximina» (.); «La aldea perdida» (.).

RAMON Y CAJAL. — «Mi infancia y juventud» (.); «Charlas de café» (.); «El mundo visto a los ochenta años» (.); «Los tónicos de la voluntad» (.); «Cuentos de vacaciones» (.); «La psicología de los artistas».

Jacinto BENAVENTE. — «Los intereses creados»; «La Malquerida».

V. BLASCO IBAÑEZ. — «Cuentos Valencianos»; «Cañas y Barro» (.); «La condenada».

Julio CAMBA. — «La ciudad automática»; «Aventuras de una peseta»; «Playas, ciudades y montañas»; «La rana viajera».

CERVANTES. — «Don Quijote de la Mancha» (.); «Los trabajos de Persiles y Sigismunda» (.).

CONCHA ESPINA. — «La niña de Luzmela», «La Rosa de los vientos» (.); «Altar mayor» (.); «La esfinge maragata» (.).

ESPINOSA AURELIO M. — «Cuentos populares de España» (.).

GOGOL N. V. — «Taras Bulba»; «Cuentos ucranianos».

R. MENENDEZ PIDAL. — «Flor nueva de romances viejos» (.); «Antología de prosistas españoles»; «La idea imperial de Carlos V»; «El Cid Campeador».

PEREDA J. M. de — «Don Gonzalo González de la Gonzalera» (.); «Peñas arriba» (.); «Sotilezas» (.); «El sabor de la tierruca»; «De tal palo tal astilla» (.); «Pedro Sánchez» (.); «El buey suelto» (.).

ZWEIG STEFAN. — «Brasil» (.); «La curación por el espíritu» (.).

**Ediciones «CENIT».**

«Ideario», por R. MELLA, 250 francos.

«El fascismo es la ideología del siglo veinte», por Pr. C. M. RAMA, 150 francos.

«La Grecia Libertaria», por Hen RYNER, 60 francos.

«Marx y Bakunin», por Fritz BRUPBACHER, 200 francos.

«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el Prof. J. OITICICA, 50 francos.

«Biografía de Bakunin», por J. GUILLAUME, 50 frs.

**En francés. COLECCION «POURPRE», 320 francos volumen sencillo.**

Georges ARNAUD. — «Le salaire de la peur».

Pierre BENOIT. — «Kénismark».

Erskine CALDWELL. — «La route au tabac».

Alphonse DAUDET. — «Sapho».

André GIDE. — «Les caves du Vatican»; «L'Ecole des femmes»; «Les faux monnayeurs».

Maxime GORKI. — «Ma vie d'enfant».

Ernest HEMINGWAY. — «L'adieu aux armes»; «Pour qui sonne le glas» (.).

Rosamond LEHMANN. — «L'invitation à la valse».

HERVE BAZIN. — «La mort du petit cheval».

V. BLASCO IBAÑEZ. — «Les quatre cavaliers de l'Apocalypse».

Anatole FRANCE. — «Histoire cémique»; «L'île des pingouins»; «Le lys rouge»; «Le Petit Pierre»; «Les sept femmes de Barbe Bleue»; «Le jardin d'Epicure»; «Les contes de Jacques Tournnebrouche».

Arthur KOESTLER. — «Spartakus»; «Le zéro et l'Infini».

Octave MIRABEAU. — «Le jardin des supplices».

Jules ROMAINS. — «Le dieu des corps»; «Lucienne».

B. TRAVEN. — «Le trésor de Sierra Madre».

Emile ZOLA. — «La bête humaine», «Le rêve», «Une page d'amour»; «Thérèse Raquin».

Romain ROLLAND. — «Colas Breugnon».

John STEINBECK. — «Des souris et des hommes».

Kathleen WINSOR. — «Ambre».

**COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».**

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.

«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.

«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.

«Eacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.

«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A.

SAINTE-BEUVE, 420 fr.

«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.

«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.

«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.

«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.

«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.

«Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.

«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.

«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.

«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.

«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

«Atahualpa o la tragedia de Amerindia», por Neptali ZUNIGA, 600 francos.

«Mazzini», por Bolton KING, 525 fr.

«Danton», por Hilaire BELLOC, 420 fr.

«Averroes», por Ernesto RENAN, 525 fr.

**COLECCION «RECONSTRUIR».**

«Origen del socialismo moderno», por Horacio E. ROQUE, 150 francos.

«Ni víctimas ni verdugos», por Albert CAMUS, 100 fr.

«La voluntad de poder», por Rudolf ROCKER, 100 fr.

«Antes y después de Caseros», por SOUCHY, 150 fr.

«Georg Fr. Nicolai», por Eugen RELGIS, 100 fr.

«Reivindicación de la libertad», por G. ERNESTAN, 150 francos.

«Arte. Poesía. Anarquismo», por Herbert READ, 150 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Valerio MAS — Servicio de Librería del Movimiento

4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)